

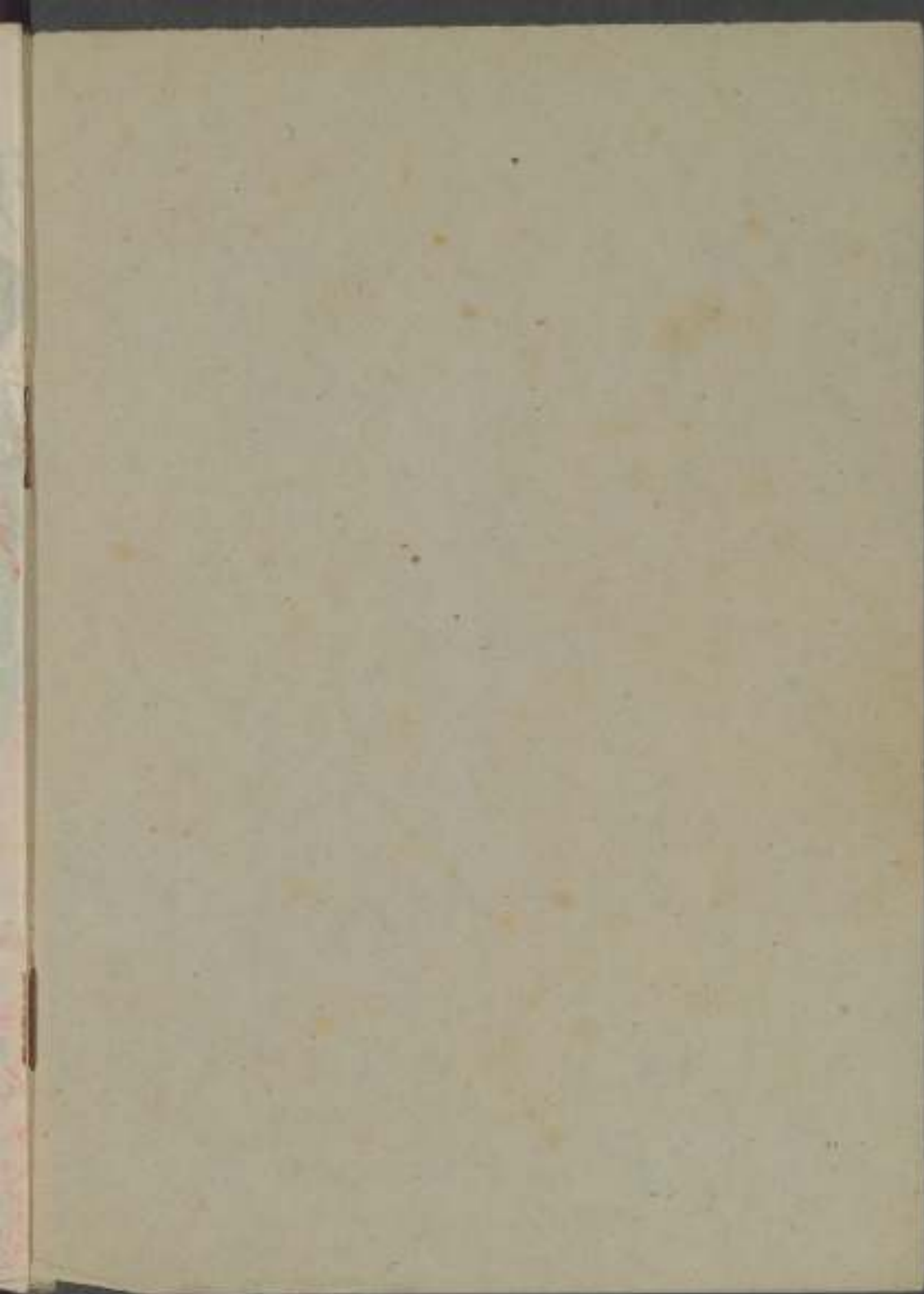
El PEÑON de las ANIMAS

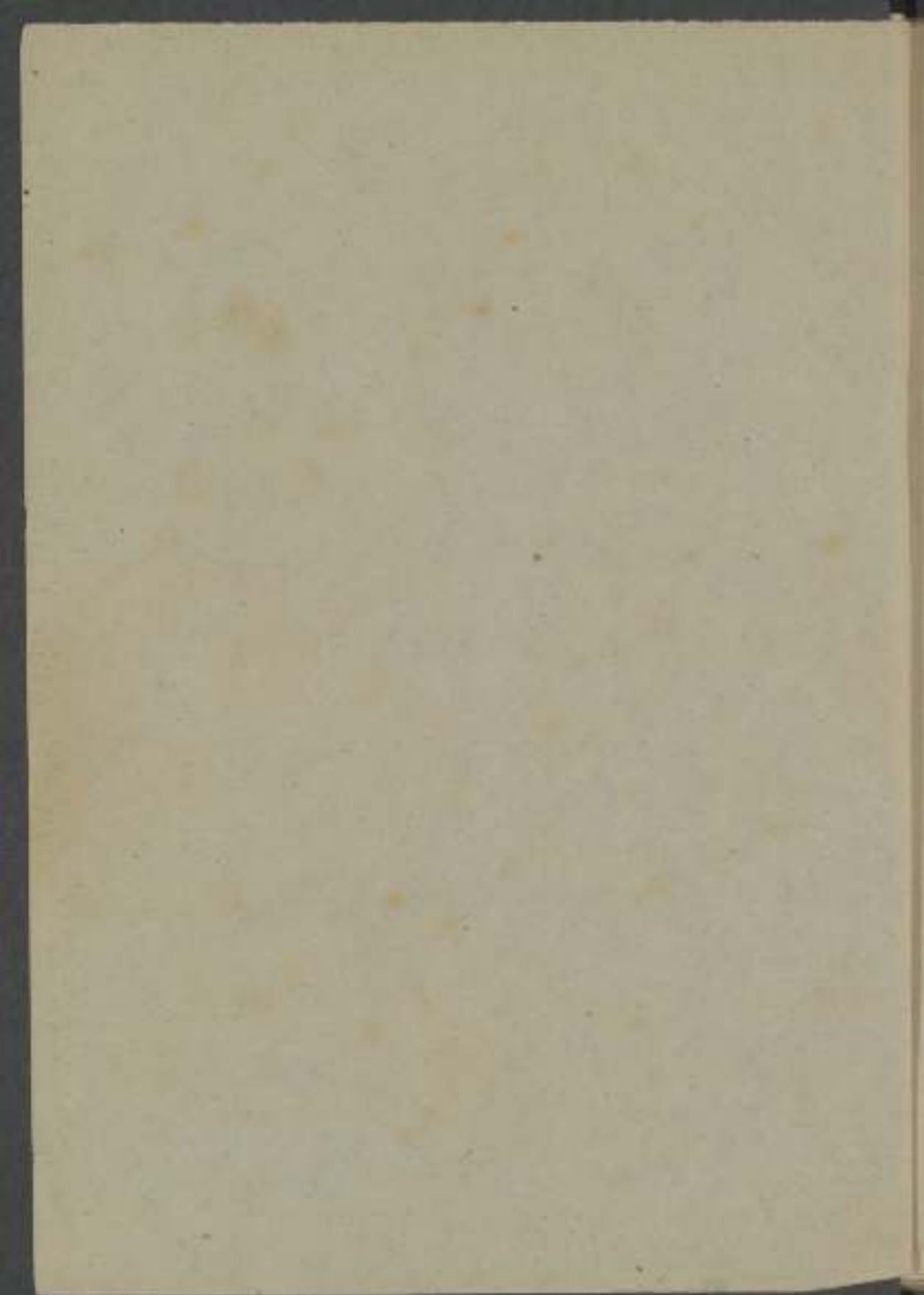


Jorge Negrete
Maria Felix
René Cardona









EDICIONES BISTAGNE

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

EL PENON DE LAS ANIMAS

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

Dramático asunto de odio y amor hasta la muerte

Dirección de
MIGUEL ZACARIAS

Música de
ESPERON Y CORTAZAR

PRODUCCION MEJICANA

Distribución
Exclusivas Floralva



FLORALVA

REPARTO:

Fernando	Jorge Negrete
Maria Angela	Maria Félix
Manuel	René Cardona
Felipo	Carlos L. Moxtezuma
Don Braulio	Miguel A. Ferriz
Rosa	Virginia Manzano

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

El Peñón de las Animas

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO PRIMERO

LOS VALDIVIA

Los vaqueros, conduciendo a los toros y vacas de largos y alzados cueros, entraron en la hacienda de "Dos Peñas". Hábilmente apostados, empujaron a las bestias hacia el interior del corral, dirigidos por Felipe Valdivia, que estuvo situado en la parte de adentro del corral, vigilando el acoso. Luego, después de haber indicado a los peones que podían cerrar la puerta, se metió entre el ganado, sin percatarse de que su primo Manuel estaba ausente.

—¡Macario, ajora ese toro!... ¡Sepáralo de las vacas!... ¡Aprisa, que va a embestir!

Macario, el caporal de la hacienda, evolucionó con agilidad sobre

su silla y desenrolló el laxo, contestando:

—Está bien, patrón...

El propio Felipe ayudó a sus hombres en la dura tarea, mientras el sol iluminaba sus severas facciones. Su amplio sombrero se agitaba sobre su cabeza. Dió varias órdenes más y se apartó junto a la puerta para contemplar cómo eran cumplidas.

Las vacas y los toros estaban casi separados y contenidos en lugares opuestos, cuando un peón franqueó la entrada al corral a un jinete, que llegaba al galope. Los empleados se descubrieron y sonrieron. Era Manuel, que, con su primo Felipe, compartía las tareas

de la administración de la hacienda. Su agradable rostro daba muestras de una intensa excitación.

Sofrenó el caballo al lado del de Felipe y exclamó:

—El abuelo y María Angela ya han llegado. Vamos a verlos.

—Primero la obligación y luego la devoción—respondió Felipe, sacudiendo la cabeza.

—Pero, ¿qué van a decir?... Nos están esperando. El abuelo se enfadará.

—Ve tú si quieres. Yo te seguiré dentro de un momento. Ahora hay mucho trabajo.

—Macario se puede encargar de él—afirmó su primo, conteniendo su movimiento de trotar.

Felipe le lanzó una mirada de eslayo y se encogió de hombros. La impaciencia de Manuel estaba justificada, pero la suya... No obstante, cedió a sus instancias y voceó al caporal:

—Macario, cédete de esto, que yo me voy a ver a don Braulio! No debe quedar un toro en medio de las vacas. Dentro de un segundo estoy de vuelta.

—Perfectamente, patrón.

Y mientras sus señores galopaban hacia el edificio principal de la hacienda, Macario distribuyó a sus hombres, que exhalaban breves y agudos gritos, semejantes a los

de los chacaes, para espantar a las bestias.

En el vestíbulo de la casa solitaria, estaba escribiendo el secretario de los Valdivia, que se puso en pie al aparecer Felipe y Manuel. Un criado se apresuró a quitar a Felipe los zahones y las espuelas, sucias de polvo, como le indicaba, sentado en un sillón.

Manuel, incapaz de imitar su ejemplo, quedó en pie y habló al secretario, cuya espalda estaba servilmente curvada.

—¿Cómo están mi abuelo y María Angela?

—Muy bien. Desde ayer les están esperando.

—¿Cómo?... ¿Cómo es María Angela? ¿Está bonita?—se atrevió a preguntar Manuel, en tanto que su primo gruñía burlón.

—Es el vivo retrato de la madre de don Felipe y de ella. Bonita como un sol, si me lo permite, señor.

—¿Está muy cambiada?—insistió Manuel.

—Déjate de tonterías. En seguida lo verás—dijo Felipe, levantándose—. ¿En dónde está mi señor abuelo?

—Me ha encargado que les comunicara que les espera en el cementerio de la familia...

—¿En el cementerio?... —bufó

con desprecio Felipe.— ¡Anda ya!

Manuel pareció salir de un sueño y echó tras él con paso vivo, en tanto que el criado recogía su sombrero, enviado lejos por una patada iracunda de Felipe, y el secretario movía la cabeza con tristeza.

En el sombrío cementerio de los Valdivia, erizado de cruces, un anciano estaba inclinado sobre una tumba en actitud pensativa. Era ancho de hombros y su rostro, cubierto por blanca barba, denotaba una gran autoridad. Era don Braulio, el jefe de la familia Valdivia.

No percibió el ruido de la cancela al ser abierta ni el tintineo de las espuelas de sus nietos. Únicamente salió de su abstracción, cuando éstos se le acercaron y se detuvieron, guardando silencio durante un momento, pasado el cual el impaciente Felipe exclamó:

—Abuelo, aquí nos tiene.

Don Braulio lo estudió atentamente y se apartó de la tumba, que le había sumido en la meditación, señalándola:

—Hace diez y seis años que prestamos un juramento sobre esta tumba. ¿Os acordáis?

—Sí, señor. Juramos vengar la muerte de mi señor tío, muerto al vengar a mi padre, asesinado por Fernando Iturriaga—contestó Manuel.

—Pues bien, la ocasión ha llegado.

—¿Ea que ha vuelto el Iturriaga?—preguntó Felipe ferozmente.

—No, murió a consecuencia de las heridas recibidas en la lucha. Su hijo Fernando huyó a Europa con su madre y ahora ha regresado a Méjico. ¡Y cumpliremos nuestro juramento!

—¡Lo cumpliré yo! — reclamó Felipe.

—No, me obedecerás. Mi derecho es el primero, puesto que soy el más anciano y los dos fallecidos eran hijos míos...

—Ya veremos... — gruñó Felipe, marchándose sin más despedida.

El anciano desaprobó su ira y corrió detrás de Manuel, que avanzaba hacia la cancela.

—Manuel, aguarda—se detuvo el joven y el anciano agregó—: Tenemos que hablar.

—Abuelo, dígame. ¿Por qué los Valdivia y los Iturriaga luchamos por un trozo de tierra tan estéril como el Peñón de las Animas? Tengo derecho a saberlo, porque, ¿qué me importa quitar la vida a ese Fernando a quien no conozco ni odio?

Don Braulio le escrutó fijamente. ¿Sería, acaso, un cobarde su nieto? No, no podía ser. Por consiguiente, le dijo:

EL PERSON DE LAS ANIMAS

—Es algo inmemorial y que ha llenado de sangre ese peñón. Yo quiero hacerte una súplica. Yo me enfrentaré en primer lugar con Fernando; si yo muero, el derecho le corresponderá a Felipe, y si éste falleciese, lo que Dios no quiera, te tocará a ti hacerlo. Pero antes me has de prometer una cosa. Que esperarás a estar casado con María Angela y que sólo harás uso de tus armas en el caso que tengas un hijo varón por descendiente.

Al oír el nombre de la joven, la severidad desapareció del rostro de Manuel, que apretó el brazo del anciano con ardor.

—¡María Angela!... Pero, ¿sabe usted, abuelo, si me quiere aún? Hemos estado seis años sin vernos...

—Las mujeres de los Valdivia son de pura estirpe y no faltan a su palabra jamás. ¿Por qué había de cambiar?

—No sé. Debe ser ya una mujer.

—Una mujer hermosísima, Manuel. Y para tranquilizarte, entérate de que ahora está esperándote al pie del árbol en que tú solías colgar su columpio.

—¡El árbol en que grabamos juntas nuestras iniciales!—suspiró soñador Manuel.

—Allí está. Reúnete a ella. Pero

antes prométeme que cumplirás lo que te he pedido.

—¿Por qué tanto odio, abuelo? — exclamó Manuel echando a andar.

Pisó las gradas que conducían a la salida. Don Braulio le miró con atención. Después, sospechando que Manuel esquivaba darle una respuesta, insistió con un deje de feroz autoridad en la voz:

—¿Me lo prometes?

Manuel se paró un instante, dando vueltas al sombrero entre sus dedos, tras lo cual le miró de hito en hito:

—Abuelo, lo único que le puedo afirmar es que, encuentre en dónde sea a ese Fernando, me matará o le mataré yo.

Se puso el sombrero y salió del cementerio. Don Braulio inclinó la cabeza; en lo íntimo de su ser estaba satisfecho de aquella rebelde contestación.

María Angela, como había dicho don Braulio, estaba junto al corpulento árbol de sus juegos infantiles. Iba vestida de amazona española y el amplio sombrero cordobés daba garbo a su hermoso rostro. Con el extremo de su fusta acariciaba sus iniciales y las de Manuel, entre las que había un corazón atravesado por una flecha.

Cuando oyó acercarse los pasos

de su primo, se volvió lentamente y, con inconsciente coquetería de mujer que se sabe bella, se le quedó mirando. Manuel se detuvo y abrió los brazos lleno de esperanza.

—¡María Angela!

—¡Hola, Manuel! — le saludó tranquilamente la joven.

Hubo una pausa en que Manuel se dió cuenta del ridículo que estaba haciendo. Por un motivo desconocido, María Angela no se arrojaba a sus brazos como había esperado, y corrigió el gesto, andando hacia ella. Tímidamente le estrechó las manos, pero ella le dió un beso fraternal en la mejilla.

—¿Recuerdas esto? — dijo, señalando al árbol.

—¡Qué tonterías se hacen de chiquillos! No nos acordamos...

Manuel se mordió los labios, sintió que su pasión decrecía e intentó otra vez romper el hielo, pensando que él nunca se olvidaría...

—¡Estás muy crecidita!... — enmendó su comentario, añadiendo—: ¿Has visto a Felipe?

—Sí, pero me ha dejado en seguida con el pretexto de que tenía que atender el ganado.

—No le hagas caso. Ahora mismo estará muy furioso conmigo, porque no voy a ayudarle. Es muy extraño y tiene un genio muy fuerte.

—Pues no te quiero detener más. Así no te regalaré.

—¿Has encontrado esto muy transformado?

—Sí.

—Te será difícil acostumbrarte a nuestro modo de ser, después de haber estado en España...

—No creas. Me gusta la tierra e, incluso, ese modo de ser al que aludea...

El corazón de Manuel palpité apresurado, mientras la acompañaba hacia el caballo, atado junto al poyo de la puerta que daba al campo. Apenas comprendía lo que María Angela le estaba diciendo. Aquel segundo tan esperado, el del encuentro, se había trocado en una decepción..., aunque era natural que María Angela no cayera en sus brazos, como él había ansiado.

Tratando de retrasar la partida de la joven, se detuvo a arreglarse una espuela mal sujeta. Después, preguntó:

—¿Vas a pasear?

—Sí, quiero recorrer todos estos lugares.

—¿No necesitas que alguien te acompañe?—ofreció con un atisbo de esperanza—. Quizá puedas perderte o tener un encuentro desagradable. Fernando Iturriaga ha regresado.

—No te preocupes. Desde ayer

por la tarde cabalga por los contornos y no ha tenido un tropiezo. Tú no puedes venir conmigo—rióse María Angela—. Felipe me castigaría por retenerle.

Manuel suspiró y no repuso nada. Era evidente que María Angela le esquivaba o quería estar sola. Puso las manos en la cincha del caballo y comprobó que estaba apretada estirando de ella.

—Déjame ver si te lo han enseñado bien...

Aprovechando tener la cara escondida bajo el sombrero: mientras estuvo inclinado, exclamó:

—¿Te ha contado el abuelo lo que espera de nosotros dos?... ¿Qué te parece?

María Angela se dio unos golpecitos en la falda con la fusta y no replicó nada hasta que él la miró... bastante azorado por su belleza y por la ansiedad de conocer su parecer.

—No sé qué te diga. Creo que habrá tiempo para pensar en todo... Aun cuando es una tontería disponer de la existencia ajena de esa manera. ¿Me ayudas a montar?

—¿Cómo no?

Tendió la palma de su mano y María Angela, apoyando su pie en ella, se acomodó en la silla, hecho lo cual le tocó la mejilla amistosa-

mente y espoléó el caballo, diciendo:

—¡Hasta luego, Manuel!

—¡Adiós, María Angela!

Manuel la observó un rato, mientras se perdía detrás de una línea de árboles, y se volvió luego hacia la hacienda, con el corazón mordido por una llama extraña y una aprensión que se anudaba a su garganta, impidiéndole respirar. ¡María Angela no le quería!

En cuanto hubo terminado la faena del encierro del ganado, cruzó el patio de "Dos Peñas", camino de la abacería, en donde sus hombres descansaban de su agotador trabajo.

Su entrada, tan fuera de lo corriente a aquellas horas y en aquel lugar, causó sensación. Los vaqueros se levantaron precipitadamente, quitándose los sombreros y saludándole cohibidos. Respondiéndoles él, casi sin darse cuenta, y se acomodó en el mostrador en donde había aparecido un hombre corpulento al ver su persona.

—¡Buenas tardes, don Manuel!...

—Buenas... Dame una botella de tequila.

—En seguida... Pero, ¿la va a tomar aquí?

Manuel no dijo nada. Una muchacha muy bonita corrió al pre-

guntón y le murmuró apresuradamente:

—¿Por qué no?... Este es tan buen sitio como otro y él puede hacer lo que quiera.

El abacero le entregó la botella y Rosa, la muchacha, la descorchó, llenando un vaso de licor, que alargó al meditabundo Manuel.

—Aquí tienes la tequila.

Manuel apuró el vaso de un trago y lo depositó sobre el mostrador. Rosa había adivinado su estado de ánimo, y preguntó, llenándolo nuevamente:

—¿Otro?

—Sí.

—No hay nada mejor para matar las penas.

—¿Qué sabes tú?

—Nada—afirmó Rosa, mirándole con los ojos relampagueantes.

Hubo un silencio, durante el cual Manuel bebió más tequila. Rosa acercó su cabeza a la de él y susurró:

—¿Sufres mucho?

—¿Tú qué sabes? —repitió Manuel, sorprendido de la interrogación.

—Nada, te aseguro... Pero es preferible sentir y sufrir como tú a no tener nada en el interior y estar indiferente.

Manuel se asombró y fijó sus pupilas en ella. Y creyó ver o adivinar que Rosa guardaba en sí, a pesar de su sereno aspecto, un sufrimiento tan terrible como el suyo... ¿Cuál sería su secreto? *

CAPITULO II

FERNANDO ITURRIAGA

Mientras su caballo pastaba a placer, suelto y alejándose cada vez más de ella, María Angela, sentada en el suelo y con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, dividía su atención entre el libro que reposaba sobre sus rodillas y el maravilloso panorama de cerros y montañas que se extendía hasta el horizonte, como una masa de olas encrespadas, selváticas y pétreas.

Las poesías que tenía ante los ojos y el paisaje concordaban perfectamente. Eran románticos, nostálgicos. Como un inmenso y hostil coloso, el Peñón de las Animas se recortaba en el cielo azul. El tiempo pasaba insensiblemente durante la lectura, que la fué abstra- yendo más y más, haciéndola, incluso, olvidarse de cuanto la rodeaba.

Las nubes se espesaron, el viento arrancó hojas y ramas de los árboles. Súbito y fragoroso, rugió el trueno. La tempestad estaba cerca-

na. María Angela se incorporó de un salto, recogió su sombrero, la fusta y el libro. Luego, se detuvo, perpleja, sin saber a dónde dirigirse.

Las nubes rompieron a flotar a raudales, que la azotaban como látigos. María Angela corrió, bajando del cerro, internándose entre los árboles, completamente desorientada. En las cercanías había una ermita abandonada y hacia ella se encaminó con velocidad redoblada. Saltó un declive. Estaba a unos cincuenta metros de la ermita, el terreno estaba despejado; solamente un árbol medio carcomido se erguía como un mástil. Podía considerarse a salvo.

Pero, al pasar por el lado del árbol solitario, una exhalación fué atraída por éste y percutió en él, con un estallido fantástico y desgarrador, destrozándolo e incendiándolo. María Angela se desplomó sin sentido, mientras la lluvia implacable, los truenos y rayos,

despertaban un aquelarre de ecos.

La puerta de la ermita encuadró a un hombre, alto y distinguido, vestido como los hacendados de la comarca. Con las cejas contraídas, observó cómo ardía el viejo tronco, pero al percatarse de que un cuerpo reposaba a unos pasos de él, abandonó su contemplación y salió de su refugio, corriendo hacia María Angela. Poco después, depositaba el cuerpo de la joven sobre una silla de montar, colocada cerca de una minúscula hoguera.

Cuando María Angela recobró el sentido, sufrió un susto espantoso al encontrar una cara desconocida, que la observaba con manifiesta atención. Retrocedió hacia la pared, derribando varios objetos amontonados sobre la silla de montar, llevándose la mano al cuello.

—¿Quién?... ¿Quién es usted?

—No se asuste, señorita... Yo...

—Pero, ¿quién es usted? ¿Y por qué me ha traído aquí?

—Soy un hombre de bien, así es que cálmese. La he recogido conmocionada por la exhalación.

El hombre, con una mueca que parecía una sonrisa burlona, anduvo hacia la hoguera y avivó sus llamas echando unos pedazos de madera. María Angela seguía cada uno de sus ademanes con un terror

que estaba en razón directa de su conocimiento del trato que algunos bandidos daban a las jóvenes perdidas en el bosque.

Ahora bien, esta vigilancia concluyó por molestar al impasible salvador, el cual aclaró:

—Estaba visitando los contornos, cuando estalló la tempestad y me refugió en esta ermita abandonada. Puesto que mi presencia parece molestarla, me marcharé. Está usted segura de que mis propósitos se han visto frustrados por el accidente que le ha sobrevenido...

Dicho esto, y antes de que María Angela recobrara el uso de la palabra, se puso el sombrero con aire decidido, cogió su capote de encima de la silla de montar y dio unos pasos hacia la puerta, observando con tristeza la lluvia torrencial. Pero después, arrepentido, giró sobre sus talones y puso el capote sobre los hombros de María Angela, que, interpretando mal el caballeresco ademán, palideció y se escabulló hacia un rincón. El hombre no dijo nada, llegó a la puerta y se agachó su cazadora, mirando al agua que caía.

—El hombre propone, Dios dispone y... la mujer nos hace mojar —murmuró de manera audible.

La maravillada María Angela quiso detenerle, pero ya era tarde.

La lluvia borraba la silueta del hombre, que iba hacia los árboles con el cadencioso paso de los jinetes. En cuanto hubo salido de su vista, María Angela se apresuró a extender sus ateridas manos hacia la hoguera...

Pasaron unos minutos. María Angela estaba vaciando el agua que se había introducido en sus botas de montar. Un rayo cercano la deslumbró, coincidiendo su luz cárdena con la aparición de un bulto humano en la puerta de la ermita. La joven exhaló un grito de horror. El desconocido penetraba con una pistola en una mano y varios objetos en la otra. María Angela casi perdió la percepción del mundo.

—No tema, señorita. No le voy a hacer nada—explicó el desconocido, yendo hacia ella, con una agradable sonrisa—. He pensado que era estúpido que yo me estuviera mojando, cuando las cosas se podían arreglar fácilmente. Tenga...

Le entregó la pistola, la puso bien en su mano y la acomodó sobre la silla de montar, añadiendo:

—Así que haga yo un ademán que le parezca sospechoso, haga fuego sobre mí. Le prometo que me portaré bien. Aquí tiene su fusta

y... su libro. Estaban junto al tronco incendiado.

Arregló el fuego, mascullando unas palabras sobre lo ineptas que son las mujeres para ciertos quehaceres, ocupó una piedra y se encará con la consternada María Angela, cuyo desconcierto y admiración aumentaban.

—¿Qué está usted leyendo?—preguntó el desconocido.

—Rimas...

—¿Rimas?

—Quiero decir... versos.

—Puede continuar leyendo, incluso en voz alta, si se le antoja. Yo no me moveré.

—No es fácil que a usted, un hacendado, le interese la poesía.

—¿Por qué no? ¿Tan mal concepto tiene de nosotros?

María Angela se calló. La simpatía del desconocido la molestaba... hasta cierto punto. Simuló leer, mientras su mano atenazaba con fuerza la culata de la pistola, que no preocupaba, ni poco ni mucho, al asombroso hacendado. Reinó el silencio, pero fué interrumpido por el desconocido, que se levantó con intención de acercársele. María Angela, parpadeando, le contuvo con el cañón de la pistola, que hizo levantar al atrevido las manos.

—No, no, señorita, no haga fue-

go. Unicamente quería saber cómo es posible que usted lea con el libro al revés.

María Angela le fulminó con los ojos y puso el libro en posición normal. El desconocido se retrepó en la piedra, apoyando la espalda en la pared. La pistola sujeta por María Angela fué depositada en el regazo de la joven que, inconscientemente, se puso a leer en voz alta, dulcemente.

¡Cuál fué su sorpresa cuando, en una pausa, el desconocido tomó a su vez la palabra y declamó de memoria los versos que María Angela seguía con los ojos! Una vez hubo concluido, la joven truncó el silencio subsiguiente, exclamando:

—¿Cómo es posible que usted conozca esta rima?... Pocas ediciones la incluyen.

—Nosotros los hacendados también tenemos tiempo para dedicarnos a otras cosas que las vacas, los caballos y asesinar hombres...

—¿Es muy raro!...

—¿Por qué? ¿Por qué recito una poesía que parece escrita para usted? No es más raro que el que usted y yo nos hayamos encontrado en esta ermita abandonada, que la tempestad nos haya reunido y que ahora estemos hablando sin habernos conocido jamás...

Sin percatarse, sugestionada por

la agradable voz de barítono de aquel hombre, María Angela se arrebujó en el capote. Sus grandes ojos le contemplaban ya sin desconfianza, hipnotizados. El desconocido despegó su vista de las llamas y exclamó como en sueños:

—Esto es como si ya nos hubiéramos encontrado en otra vida. ¿Usted cree que podamos vivir dos veces?... Sí, nos encontramos en otra vida; en ella nos amamos... Las almas vuelven a reunirse, la suya, tan bella, con la mía. Usted y yo no somos extraños el uno para el otro. Hay algo que me lo dice. Y quizá por esto tengamos que sufrir o ser felices...

Poco a poco dejó de hablar. Y la mudez fué un lazo más fuerte que los unió. La tempestad se había alejado, rugía en la lejanía. Un rayo de sol, filtrándose a través de la ventana, aureoló a María Angela, prestando a su belleza irrealidad, que confirmaba lo que había dicho el hombre, cuyos ojos parecían deslumbrados.

Finalmente, con un suspiro que los sacudió arrancándoles del sueño, el desconocido se levantó, anunciando que la tempestad estaba lejos. María Angela le imitó y así quedaron separados por unos cuantos pasos; pero la fantástica sensación se había disipado.

—Voy en busca de los caballos...
¿En dónde dejó el suyo?

—En el cerro. Supongo que no se habrá movido.

—Está bien. Arréglese, que yo regresaré en seguida.

Minutos más tarde, ya completamente preparada María Angela, de la explanada llegó un curioso silbido, repetido hasta que ella salió a la puerta. El desconocido conducía los caballos y le hizo un alegre ademán de salutación, correspondido por la joven. Después, recogió la silla de montar y la precedió hacia el exterior; no obstante, volvió a entrar y María Angela vió como aplastaba las bridas de la hoguera con el tacón de la bota.

Estaba apretando la cincha de la silla de montar de su caballo, cuando María Angela llegó a él. La habilidad de sus gestos no le pasó inadvertida; sin notar que todavía mantenía empuñada la pistola, no logró retener su curiosidad y le preguntó:

—¿Es usted de por aquí?

—Sí, señorita. He pasado varios años en Europa, pero murió mi madre; como ya nada me retenía y me atraía mi tierra, he vuelto a ella para arreglar muchos asuntos pendientes, asuntos que demandan una mano fuerte y segura.

—¿Disputas?... Mejor sería que

las arreglara la Justicia. Es peligroso luchar en nuestra patria de la forma que usted indica.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero como hay tanta gente testaruda y amiga de realizar y resolver sus problemas por sí mismos..., no me queda otro remedio.

Había terminado de ensillar los caballos y recibió la pistola. Abrió el cilindro y lo fué cargando con los proyectiles que extraía de su canana. La desfachatez de este proceder sublevó a María Angela y la indignación la estremeció. El explicó inocentemente:

—Usted perdonará, pero no quería exponer mi preciosa vida al capricho de sus nervios. Así los dos no tenemos que arrepentirnos de nada...

María Angela dominó su orgullo porque su comportamiento había sido caballeresco. No obstante, como el desconocido notara cierta hostilidad, la cogió del brazo y la condujo a un espacio despejado, al final del cual había dos corpulentos robles. La distancia que los separaba de ellos era bastante grande.

—Ahora le enseñaré que, si he estado en Europa, no desconozco los argumentos que emplean mis enemigos, necesarios para convencerlos de que están en un error. ¿Cuál es la inicial de su nombre?

EL PERON DE LAS ANIMAS

—“A.”—comunicó María Angela.

—“A.”—Muy bien.

Mientras la joven se tapaba los oídos, el desconocido, con las pistolas en la cadera y aparentemente sin apuntar, apretó los gatillos de sus armas, trazando en uno de los robles una “A” casi perfecta.

—Ahora falta el mío. Míre.

Crepitaron sus pistolas y seis balas chocaron contra el tronco dibujando una “F”. María Angela sintió la garganta seca y le miró airada.

—¡Fernando Iturriaga!

—Para servirle, señorita María

Angela Valdivia—contestó Iturriaga, quitándose el sombrero y haciendo una irónica reverencia.

Obedeciendo un súbito impulso, María Angela corrió hacia su caballo y montó en él, sin que Fernando tratara de detenerla. Risueño y seguro de sí, se guardó las pistolas, en tanto que ella azotaba la grupa de su caballo. Estaba María Angela a punto de desaparecer por una cuesta abajo, cuando oyó la voz de Fernando que la avisaba:

—¡María Angela!... La esperaré todos los días en este mismo lugar a las cinco en punto de la tarde.

* * *

A la mañana siguiente, María Angela se levantó con algún retraso con relación a las costumbres de "Dos Peñas". En busca de sus parientes, apareció en el despacho de su abuelo. Este estaba sentado ante su escritorio y Felipe y Manuel delante de una mesa, limpiando una formidable hilera de revólveres.

—¡Buenos días a todos!—exclamó alegremente.

—Buenos días, lucero del alba—respondió Felipe, mientras Manuel se levantaba.

—¡Huy, qué amable has amanecido!

—No lo digo por piropo, sino por lo tarde que te has levantado.

—No le hagas caso, hija mía—intervino su abuelo.

María Angela besó con cariño al anciano, dió un golpecito a la espalda de Manuel y quiso besar a su hermano, el cual se resistió, con el resultado de que ella le despeinó con furia simulada.

—¡En "Dos Peñas" no estamos

habituados a tantas caricias!—gruñó Felipe.

—Pues bueno es que te vayas acostumbrando—contestó María Angela.

—Sí, querida, aquí hacía mucha falta una mujer—agregó con intención el abuelo.

—¿Os puedo ayudar en algo?—inquirió María Angela.

—Si quieres, aunque esto no sea jugar a muñecas, puedes ayudarnos a limpiar estas armas—insinuó Felipe.

—Eso no es cosa de mujeres—protestó Manuel.

—No estaría de más que lo haga. A lo mejor nos tendrá que substituir—insinuó Felipe sombríamente.

María Angela, que había apartado una silla para tomar asiento, se paró al escuchar la amarga frase de su hermano y clavó los ojos en la ringlera de pistolas, que Felipe y Manuel frotaban y limpiaban con brío.

—Abuelito, ¿para qué es esto?

Don Braulio, sin contestar, apo-

yó la mano en su escritorio, mientras una sonrisa sardónica de Felipe hacía más desagradable la confesión. Manuel les recorrió con los ojos y en vista de que nadie lo hacía, repuso:

—Fernando Iturriaga ha vuelto.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que, de ahora en adelante, cuando un Valdivia se encuentre con Iturriaga, uno de los dos no saldrá vivo de la lucha.

—¡Felipe!...—le afeó Manuel.

La dureza de la declaración de su hermano, dejó sin sangre en las venas a María Angela. Soltó el sillón y la pistola que estaba brandiendo, y voló hacia su abuelo, que la tomó entre sus brazos sin decir nada. Manuel afeó a Felipe su fanfarronería con un gesto... María Angela, a la que una rara emoción había sobrecogido, quizá ante la idea de que uno de sus familia muriera, quizá recordando la destreza de Fernando, quizá por sólo acordarse de la simpatía y seducción de éste, se lamentó:

—¿Por qué estáis siempre pensando en matar y en morir? ¿Acaso no hay justicia en el país para que se arregle ese litigio? Es una necesidad crear un derecho vengar agravios de los que nadie se acuerda...

—Es necesario, María Angela—la calmó su abuelo—. Lo juramos sobre la tumba de tu padre y del de Manuel. Los Iturriaga y los Valdivia no caben en el país.

—No, y ese Fernando morirá a mis manos, cueste lo que cueste.

—Pero lo haremos, Felipe, uno a uno y cara a cara—advirtió Manuel.

Felipe frunció los labios despedido por el aviso de Manuel, que conocía sus tretas y, también, su crueldad. El abuelo le dió la razón. Al verles tan determinados, la desesperación de María Angela llegó al colmo. Se apartó de su abuelo y se metió entre los tres hombres, suplicando:

—No bagáis ese disparate. Puede morir alguien...

—Eso es lo que esperamos—aseguró Manuel.

—Tengo miedo por vosotros.—añadió María Angela.—Fernando Iturriaga es un gran tirador... supongo.

Felipe la cogió del brazo y la llevó a una ventana, seguido con satisfacción por el abuelo y Manuel, en tanto que le decía:

—¡Un gran tirador!... Ahora verás de lo que son capaces los Valdivia. ¡Eh, tú, coge este puro!

Arrojó un puro a uno de sus va-

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

queros, el cual, suponiendo lo que se tramaba, se lo concedió a un jinete piernilargo y de cara de tonto, que se descubrió agradecido. Pero Felipe desenfundó su revólver y le dijo:

—Póntelo en la boca y espera a que dispare.

El vaquero, resignado, no protestó. Sus compañeros formaron un pasillo, complacidos de la distracción que la suerte les deparaba. Espantada, María Angela sujetó el brazo de Felipe, que se levantaba hacia el blanco humano, pero éste se libertó de una sacudida y abrió otra ventana, desde la cual tomó puntería.

Hubo un minuto de silencio angustioso. Tendió la pistola de Felipe. María Angela ocultó su rostro en el hombro de su abuelo y Manuel celebró la destreza de su primo con una risotada. El puro había sido cortado a raíz de los labios.

—Aquí tienes otro para que te lo fumes — gritó Felipe, orgulloso de su proeza, sacando un nuevo cigarro del bolsillo.

—Gracias, patrón — contestó el estólido vaquero, recogiendo el suelo.

Los Valdivia no iban a la zaga de Fernando Iturriaga con las armas de fuego en la mano.

* * *

Esta idea y la aprensión de que iba a acontecer algo horroroso, si ella no intervenía, atormentaban a María Angela, cuando, por la tarde, en su alcoba buscaba en la redacción de su diario lenitivo a su tormento espiritual. El lindo relojillo, colocado sobre la consola, repiqueteó marcando las cuatro y media.

María Angela cerró su diario y se paseó por la alcoba, retorciéndose las manos. No podía soportar aquella situación. Súbitamente, antes de que se percatase de lo que hacía, abrió la ventana que daba al patio de la hacienda y, como si el destino corroborase una decisión tan impulsiva, en ella estaba Macario, el caporal de "Dos Peñas", conversando con varios hombres.

—¡Eh, Macario, ven aquí!... Prepárame mi yegua.

—Sí, niña... Mero lo hago.

En cuanto María Angela penetró en el robledal de la ermita abandonada, Fernando se apartó de su caballo, tiró su cigarro y corrió a ella, conteniendo a la cabalgadura

de la muchacha por la brida, con la emoción del encuentro retratada en los ojos.

—¡Ya imaginé que usted vendría! — dijo, ayudándola a desabalar.

Así que María Angela pisó el suelo, le apretó las manos apasionadamente y exclamó:

—Fernando, tengo que pedirle una cosa...

—Todo lo que de mí depende, ya sabe usted que está a su disposición. ¿Qué es?

María Angela titubeó un instante antes de decidirse:

—Fernando, vengo a rogarle que no vaya a las fiestas de San Marcos...

—¡Ah, eso es!... ¡Teme que me encuentre con los hombres de su familia?

—Sí y no; temo por usted y por ellos. ¿Lo hará?

Fernando se paseó agitado ante ella, azotándose las botas con la fusta.

—Ya veo... Desea que no vaya a las fiestas de San Marcos, luego a

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

las de San Lucas, después a las ferias y, por último, que deje de ir a la ciudad. ¡Me tomarán por un cobarde!... Eso no lo puedo hacer, María Angela.

Ella se aproximó a él y le volvió a coger las manos, acercándosele a su pecho.

—¡Hágalo por mí! Sería terrible que sucediera una desgracia. Temo...

—¿Qué temo? Temo por ellos... ¿O temo por mí?

La ira de Fernando habíase enfumado al adivinar los verdaderos motivos de María Angela. Pasó sus brazos por el talle de la joven, la aproximó a sí e insistió dulcemente:

—¿Por quién temo?

Inconscientemente, los jóvenes derribaron las barreras que el odio edificara. El rostro de Fernando se pegó al de ella...

—Me tengo que marchar, Fernando—dijo María Angela, una vez sobre el caballo—. Sé que piensan soltar el ganado en el Peñón de las Animas... No vale la pena que un trozo de roca y de vegetación pobre te separe de mí. ¿Me prometes no luchar con ellos?

Fernando le besó la mano antes de contestar:

—Te lo prometo... Ven mañana a las cinco aquí; te esperaré todos los días y siempre.

—¡Adiós, Fernando!

—¡Hasta mañana a las cinco!

CAPITULO III

ODIO Y NOBLEZA

Los días pasaban. Cada uno de ellos suponía una prueba para María Angela. Sonaban las cinco en el relojito, María Angela levantaba la cabeza del diario que estaba escribiendo y escuchaba sus campanitas con encontrados sentimientos. Pero sobre todos resaltaba su afán de lealtad para su propia familia y tal vez, asimismo, el deseo de que su amor hacia Fernando no fuera descubierto y las cosas se complicaran.

De esta manera, llegó el mes de noviembre. Una mañana, los chiquillos que poblaban el patio de la hacienda echaron a correr hacia la entrada de ésta; los hombres, que holgaban aquel día, disolvieron el respetuoso círculo que formaban en torno del afable Manuel, y se prestaron a curiosar.

—¡Los rondadores!... ¡Los rondadores!—gritó la gente monuda.

En efecto, sonaba el rasgueo de una guitarra, precediendo la entrada de los rondadores. Por fin, arri-

baron éstos, capitaneados por Fernando Iturriaga, que, con una osadía rayana en la demencia, se detuvo ante Manuel y los vaqueros, tocóse el ala de su sombrero y prosiguió cantando con su magnífica voz de barítono.

La maestría de los cantores, la agresiva letra de la canción y lo inusitado del acontecimiento, atrajeron a las ventanas a Rosa, a don Braulio, a Felipe y a la propia María Angela, que estaba cosiendo en el patio de la casa solariega.

Al abrir la ventana fué el blanco de las miradas de Fernando, que se atrevió a sonreírle. María Angela retrocedió asustada en un principio; luego vaciló, aferrándose a la reja de su alcoba y, finalmente, presa del miedo, del orgullo y de la admiración, cerró los postigos y se arrojó sobre su lecho, en donde permaneció, absorbiendo su hambrienta alma cada una de las notas.

Terminada que fué la canción,

EL PERON DE LAS ANIMAS

Fernando se descubrió y, dirigiéndose a Manuel, que sonreía contento de la diversión, preguntó con cortesía:

—Señor, ¿nos concedería hospitalidad hasta mañana?

—Encantado, señor. ¿A dónde se dirigen?

—A las fiestas de San Marcos.

—Macario, aloja a estos señores —ordenó Manuel—. Y tú, Pedro, encárgate de sus caballos. Están ustedes en su casa.

—Muchas gracias, señor.

Poco después, ya aposentados, Fernando y sus hombres conversaban en un rincón del patio. En realidad, los vaqueros atendían a las indicaciones de Fernando, cuya fusta había trazado un plano de la hacienda en el polvo y cuyos puntos iba señalando a medida que indicaba el servicio que correspondía a cada cual.

—Vosotros dos os colocaréis en este extremo. Tú, Sóstenes, con Santiago en este otro...

—Bien, patrón.

Pero la distribución fué interrumpida por el paso de una muchacha, que había estado llenando una jarra en la fuente contigua al grupo. Atravesó el círculo de los vaqueros sin pararse y les deseó las buenas tardes. Una vez estuvo fuera del alcance de ellos, Sóste-

nes, el caporal de Fernando, se encaró con éste.

—¿Usted cree, patrón, que nos habrá oído?

—Posiblemente, pero no os preocupéis y haced lo que os he dicho.

—Como usted quiera, pero le aseguro que Macario, el caporal de aquí, me ha reconocido. Tenemos que andar con pies de plomo.

—¡Bah!

Ya de noche, Fernando cruzó con sigilo el patio de la hacienda, encaminándose hacia la reja de María Ángela. Apoyó en una curva de ésta su guitarra y pegó la cara a los barrotes. María Ángela estaba sentada ante su tocador y se cepillaba el pelo.

—¡María Ángela!... ¡María Ángela!...

La joven reconoció su voz, pero no dió crédito a su atrevimiento. Titubeó un poco; después, con inesperada decisión, se llegó a la ventana, en donde destacaba el rostro de Fernando.

—¡María Ángela!

—¡Fernando!... ¡Tú!

—Sí, soy yo. No he podido soportar más tiempo tu ausencia. ¿Por qué no acudiste a la cita? Te he esperado todos estos días... ¿Por qué?

—¡Vete, Fernando, vete! Si te descubren, te matan; tus hombres

EL PERON DE LAS ANIMAS

verán asesinados... ¡Esto es una locura!—murmuró atropelladamente María Angela.

La entrevista de los dos jóvenes tenía un espectador ignorado: Rosa, que al oír la llamada de Fernando, acudió a su ventana, presenciando desde la misma el encuentro. Inmediatamente, reconoció a Fernando e hizo un gesto extraño con la cabeza, que describía toda la envidia de su alma por aquella felicidad, por tormentosa que fuera.

—No me marcharé sin haber hablado contigo. No tengas miedo, mis hombres vigilan.

—¡Te van a matar, Fernando!

—Dentro de poco, estaré aguardando bajo el roble del pozo. Cuando esté allí, silbaré...

Rosa, en su roja, hizo un movimiento violento. Alguien se acercaba. Las cuerdas de una guitarra fueron tañidas. Fernando empujó hacia la alcoba a María Angela, ordenándole:

—Viene una persona ¡Date prisa y cierra la ventana!... ¡Corre!

Mientras María Angela le obedecía apresuradamente, Fernando agarró su guitarra y se apostó frente a la ventana como si estuviera templando el instrumento. La blanca blusa de Felipe relumbró en la oscuridad. El hermano de su amada, tocándose las pistolas, que

abultaban su cinto, se puso delante de Fernando y preguntó con altanería:

—¿Qué hace usted aquí a estas horas?

—Preparo una serenata... ¡Eh, muchachos, aproximaos!

Los hombres de Fernando, con los arcos sobre los violines y los dedos en las cuerdas de las guitarras, formaron una hilera formidable. Felipe se mordió los labios, pero aceptó la aclaración. Además, Manuel apareció en aquel momento, dando un viso de realidad a la explicación de Fernando.

—¿Qué tonterías son éstas? ¿Por qué pierdes el tiempo en tales bobadas?

—¿Cuándo has regresado? —equivó Manuel.

—Esta noche —dijo Felipe, haciendo una seña a Macario—. Ese sorrillo de Iturriaga no tiene pantalones para entrar en el Peñón de las Animas.

Fernando, espoleado por este insulto, fué hasta el grupo e interpelló a Manuel:

—¿Empezamos ya, patrón?

—Cuando usted quiera.

—¡Uff! —bufó Felipe, asqueado, huyendo de allí.

—Está de muy mal humor su amigo. ¿Qué le pasa? —dijo Fernando.

EL PEÑÓN DE LAS ANIMAS

—Es el hermano de la señorita María Angela—explicó Manuel.

—Pues... ¡vaya con el cuñadito! —comentó Fernando con sorna.

Pedido el permiso a Manuel, los violines y las guitarras tañeron el prelude de una serenata de amor. Rosa se asomó a la reja y escuchó con avidez los acentos apasionados de la canción, que se dirigía a otra, no a ella, poseedora de un terrible secreto. Y sintió una gran simpatía por los dos amantes y cierto desconsuelo por el desengaño que sufriría Manuel.

Fernando, al cantar, aumentó el tormento de María Angela, que no sabía si aparecer en la ventana, como reclamaba la cortesía más so-mera, o no dar señales de vida. Fue, en tanto que duró la serenata, varias veces desde su lecho hacia la reja, pero no se decidió. Un extraño placer la invadió con la cálida voz de Fernando, que la subyugaba, que la hacía despreciar el peligro...

Mientras tanto, Felipe entró en la cuadra, en donde don Braulio ocupaba un banquillo. Se quitó el sombrero y se inclinó ante su abuelo.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida... —respondió el anciano.

—¿Qué es?... ¿Petro o potranca?

—Todavía no lo sabemos... ¿Ha pasado algo?

—Nada—aseguró irritado Felipe. —Soltamos el ganado en el Peñón de las Animas y hemos estado esperando cuatro días sin resultado.

—¡Modesto, tráeme un farol!—ordenó el anciano y en él encendió un cigarro—. Eso es un poco raro.

—¡No crea!... El pájaro viene de mala casta y no dará la cara.

—No te confíes mucho, Felipe—aconsejó don Braulio, exhalando una bocanada de humo.

"El pájaro" a que se había referido Felipe, estaba en aquel momento en la abacería, apurando unas copas de tequila en compañía de Manuel. Rosa les servía; cuando hubieron apurado las copas, éste dijo:

—¿Otra más?

Los hombres aceptaron. En la abacería reinaba una animación extraordinaria. Los vaqueros enemigos charlaban por los codos y se reían, unos ignorantes, otros sabiendo demasiado. Manuel levantó su copa y dijo:

—A su salud.

—A su salud y a la de la señorita.

—Eso es. A la de la señorita.

—Muchas gracias —contestó Rosa.

Sóstenes, el caporal de Fernan-

do, estaba pasando un mal rato asediado por Macario, que, algo achispado por la tequila, insistía en que se habían visto otras veces. Cuanto más negaba Sóstenes, tanto más se empeñaba Macario, a punto de descubrir la verdad.

—¡Hombre, que a usted le tengo conocido!... ¿En dónde nos hemos visto?

—Que yo sepa, en ninguna parte—se apuró Sóstenes.

—Pues yo nunca olvido una cara. Le aseguro que a usted le conozco. ¡Vaya que sí!... ¿Ha estado en el Peñón alguna vez?... ¡Eso es!...

Tanto Fernando como Rosa oyeron esta conversación, así como la exclamación de Macario, y, si el joven logró mantener su sangre fría, Rosa se asustó. Manuel podía advertir la curiosidad de su caporal. Su astucia femenina afloró inmediatamente. Volvióse a Fernando y le dijo:

—¿Por qué no nos canta usted una canción?

—¡Con mucho gusto!... —contestó Fernando aliviado—. ¿Cuál prefiere?

—Cualquiera—aseguró Manuel.

—¡Cántenos "El Mexicano"! —

—Eso es. "El Mexicano" es una canción muy bonita.

—¡Eh, Sóstenes y vosotros! Vamos a cantar para estos señores "Yo soy Mexicano"—dijo Fernando, y agregó a Sóstenes, que se le unió—: ¿Qué ha pasado?

—Lo que me temía, patrón. ¡Que ese tío sospecha y nos va a dar un disgusto!

Rosa se encaminó hacia Macario, que farfullaba aún sus sospechas, y le preguntó qué le pasaba. El caporal explicóselo inmediatamente y la joven obligóse a retirarse.

—No es cosa de risa, Rosa. ¿Has visto tú alguna vez a don Fernando Iturriaga?... Yo no. Por si es o no es este caballero, se lo voy a decir a don Felipe. Porque si acierto, buenos pesos me da.

—Lo que pasa es que estás bebido—dijo Rosa sujetándole.

—Puede ser que esté bebido. La tequila es mal compañero, pero yo me voy ahora mismo...

—¿Qué quieres? ¿Que empiecen a disparar y me destrocen la tienda? No seas lerdo. Ten, tómame otra copa y guárdate estos cinco pesos. Pero, ¡silencio!

—Descuida, Rosa. Seré una tumba.

Tranquilizada la muchacha, fuése hacia Manuel, que la retiró a un lado cuando las guitarras empezaban a sonar, lo cual impidió

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

que se diera cuenta de que Macario escapaba de la abacería declarándose a sí mismo sus propósitos de comunicar su descubrimiento a Felipe, de manera que sus candelas aumentarán.

—¿Estáis ya preparados? — preguntó Fernando a los músicos.

—Sí, patrón.

—¡Pues ahí va!...—anunció, destacándose de sus vaqueros y rompiendo a cantar:

YO SOY MEXICANO

<i>Yo soy mexicano; mi tierra es brava</i>	<i>pero más que todo ser enamorado.</i>
[<i>vía.</i>	<i>Yo soy mexicano muy travieso.</i>
<i>Palabra de macho, que no hay otra</i>	<i>Yo soy mexicano, y por suerte mía</i>
[<i>tierra</i>	<i>la vida ha querido que por todas</i>
<i>más linda y más brava que la tierra</i>	[<i>partes</i>
[<i>mía.</i>	<i>se me reconozca por mi valentía...</i>
<i>Yo soy mexicano... y a orgullo lo</i>	<i>Yo soy mexicano... de "nalden" me</i>
[<i>tengo;</i>	[<i>flío,</i>
<i>nací despreciando la vida y la</i>	<i>y como Cuahutémoc, cuando estoy</i>
[<i>muerte</i>	[<i>sufriendo,</i>
<i>y si echo bravatas, también las sos-</i>	<i>antes de rajarme... me agunto y me</i>
[<i>tengo.</i>	[<i>efío.</i>
<i>Mi orgullo es ser charro, valiente</i>	<i>Me gusta el sombrero echado de</i>
[<i>y bregao,</i>	[<i>lao,</i>
<i>traer mi sombrero con plata bor-</i>	<i>pistola que tenga cachá de venao,</i>
[<i>dao,</i>	<i>fumar en hojita tabaco picao,</i>
<i>que "nalden" me diga que soy un</i>	<i>jugar a los gallos, saberme afamao,</i>
[<i>rajao;</i>	<i>pero más que todo ser enamorado.</i>
<i>correr mi caballo, en pelo montao,</i>	<i>Yo soy mejicano, muy travieso.</i>

EL PERON DE LAS ANIMAS

Los hombres aullaron, lanzaron alaridos, concluida la canción. Manuel y Rosa aplaudieron al cantante. La amistad entre los dos bandos aumentaba. Fernando se había ganado varios amigos.

Sin embargo, ocurría en las cuerdas una cecina que le iba a perjudicar grandemente. Macario, entre las nieblas de la tequila y del desconcerto, urdió una narración de sus sospechas, que expuso a don Braulio y a Felipe.

—¡No es posible! — exclamó el anciano.

—¡Le juro, don Braulio, que es verdad! ¡No estoy borracho!... ¡Mi-re!...

Se puso a la pata coja y se mantuvo bastante bien en equilibrio.

Felipe le spartó a un lado y avanzó apasionadamente hacia su abuelo.

—Si no es Fernando Iturriaga, no importa. Ese musiquillo no me ha caído muy bien y lo mejor es estar prevenidos. ¡Modesto! ¡Macario! ¡Id a despertar a los hombres y juntadlos en mi despacho, donde les repartiré las pistolas!

El mismo se puso en movimiento hacia la administración. Don Braulio no se opuso a aquel despliegue de fuerzas. Unicamente, mal impresionado por la ferocidad de su nieto, dijo:

—¡Muchacho loco!

En la abacería, la generosidad de Manuel y de Fernando hizo circular las botellas de tequila. Algunos hombres punteaban canciones en sus guitarras. El tiempo pasaba; ya era hora de que Fernando se entrevistara, como había prometido, con María Angela. Recurrió, para verse libre de la vigilancia de Rosa y de Manuel, a un ardid.

—Muchachos, tocad "La Mace-ta".

Los rondadores no se lo hicieron repetir dos veces. Rosa y Manuel se colocaron detrás del mostrador. Fernando se escurrió a hurtadillas hacia el patio, sin que nadie le molestase. Una vez estuvo en el porche, se echó el sombrero sobre la frente y se perdió en la oscuridad.

Esta precaución de ocultar su rostro le sirvió de mucho, porque los vaqueros de "Dos Peñas", después de recibir las armas, repartidas por Macario y Felipe, caminaron tras ésto hacia la abacería, casi topándose con Fernando.

Felipe detuvo a sus secuaces en el porche y repitió una vez más:

—Os colocaréis cada uno detrás de un hombre, pero esperaréis a que yo dé la señal para obrar.

Así lo hicieron, pillando desprevenidos a los vaqueros de Iturriaga. Manuel fué a recibir a Felipe

muy complacido por su condescendencia de personarse allí. No obstante, su primo hizo un ademán violento y gritó:

—Ahora presenciáis lo que he venido a hacer. ¡Basta de música! ¡Que nadie se mueva! Todos tendrán una pistola detrás... ¡Desarmadlos!

Rápidamente les arrebataron las pistolas antes de que pudieran ofrecer resistencia. Manuel se estuvo quedo. Rosa disimuló su presencia. Cuando estuvieron encañonados, Felipe apretó las culatas de sus pistolas, y escupió, más que dijo:

—¿En dónde está el musiquillo?
¿En dónde está Fernando Iturriaga?

—No conocemos a ese Fernando Iturriaga que dice usted—respondió Sóstenes, pálido, pero valiente.

—Ese es el hombre de que le he hablado—intervino Macario—. Le he visto cerca del Peñón. El debe saberlo todo.

—¡Habla de una vez!—le increpó Felipe.

—Yo no le conozco, he dicho.

—¡Ah! ¿No?... Ya veremos qué dirás cuando estés colgando con las patas en lo alto. ¿Lo dices o no?

—¡Haga no más lo que quiera con nosotros! No somos unos rajas...—afirmó Sóstenes.

Sólo la intervención de Manuel evitó que Felipe disparara sus armas a mansalva. Se contuvo su primo y con el cañón de sus pistolas señaló al indefenso grupo.

—Ponedlos en un rincón. Dos de vosotros que los vigilen. Los demás vamos a buscar a Fernando Iturriaga. Luego, os veremos patear, en caso de que no le encontremos.

María Angela estaba rezando sus oraciones, cuando una mano golpeó bruscamente la puerta de su alcoba. Como no abriera con la prisa requerida por la persona que llamaba, se repitió el golpe, mientras la voz de Rosa ordenaba:

—¡Señorita María Angela!... ¡Señorita María Angela!... ¿Está ahí?

Rosa entró desencajada en el cuarto de la joven y, sin pararse a frenar el jadeo que entrecortaba su relato, le espetó de buenas a primeras:

—Han aprisionado a todos los hombres de don Fernando y ahora le buscan... Si usted no le avisa, dentro de un momento les ahorcarán...

—¿Fernando!—gimió María Angela, dejándose caer en la cama.

—¿Usted le ama?

—¿Cómo te atreves...?

—Porque si le ama, ha de apre-



Arregló el fuego, mascullando unas palabras...



María Angela ocultó su rostro en el hombro de su abuelo.



Los jóvenes derribaron las barreras que el edío edificara.



Fernando le besó la mano antes de contestar.



"Yo soy mejicana, muy travessa."



Fernanda—gimió María Angela, dejándose caer en la cama.



Ante ello, sonriente, sereno, estaba Fernando Iturriaga.



—¡Sanctus!... ¿No puedes sonreír?



Los dos hombres se midieron con los ojos.



La aparición de don Braulio en la escalera impidió...



Templó el instrumento con los ojos clavados en Maria Angela.



Retorcio la muñeca de su agresor.



Fernando amartillo sus pintolas.



—Entregueme sus armas.



Maria Angela bajó sus párpados, mientras Manuel...



Fernando apretó su rostro al de la muerta.

surarse a avisarle antes de que don Felipe cometa una barbaridad.

Rosa tenía razón. No había duda de que el tiempo apremiaba. Rápidamente, fué al ropero y se echó un manto sobre los hombros, en tanto que Rosa le colocaba un chal sobre la cabeza. Después, depositaron la bujía que habían encendido sobre el tocador y...

Entretanto, Felipe había provisto a sus hombres de faroles y los envió en todas las direcciones a buscar a Fernando, con la orden expresa de tirar a matar así que lo vislumbraran. Manuel, considerándose un poco al margen, no se ofreció a entrar en aquella emboscada, que disgustaba a su carácter leal y franco, y fué a la ventana de María Angeles, cuyos cristales golpeó.

Las dos jóvenes, sorprendidas por el repiqueteo, enmudecieron sin saber qué hacer. Manuel, sorprendido de aquel silencio, repitió la acción con más fuerza. Fué necesario que Rosa, dueña de mayor sangre fría, ordenara a María Angela:

—¡Contéstale, o si no lo descubrirá todo!

Al mismo tiempo que decía esto, ocupaba el reclinatorio de María Angela, de manera que la bujía recortaba su silueta en los visillos de

la ventana, confundiendo a Manuel. La prima de éste replicó:

—¿Eres tú, Manuel? Ahora no puedo salir a la reja.

—¿Qué haces?

—Estoy haciendo mis oraciones.

—¿Te molestará que me quede un ratito al pie de la reja? Te prometo que no te estorbaré.

—Haz como gustes.

Rosa juntó las manos y se puso a rezar por el buen éxito de la empresa que María Angela iba a llevar a cabo. Salió ésta y abrió cuidadosamente la puerta que daba al patio. Manuel se paseaba por delante de la ventana, con la mano apoyada en la culata de su revólver. María Angela esperó a que estuviera de espaldas y con silenciosa agilidad voló hacia el robledal.

Fernando, que caminaba agitadamente entre el pozo y el roble de la cita, interrumpió su movimiento y le salió al encuentro abriendo sus brazos. María Angela se arrojó en ellos y se refugió contra su pecho, mientras Fernando le afeaba cariñosamente:

—¿Por qué has tardado tanto? Ya tenía miedo de que no vinieras...

Quiso besarla, pero ella esquivó la caricia, suplicando:

—¡No, ahora no!... Fernando, he venido únicamente para anunciarte

que mi hermano ha detenido a tus hombres y que se propone abortarlos de una vez si tú no apacocas.

—¡No será capaz de semejante barbaridad!

—¡Tú no conoces a mi hermano! Es capaz de todo... Tienes que hacer algo para librar a esos infelices de la muerte.

—Pero ¿y tú?

—No te preocupes... Corre, pero ten cuidado de que no te ocurra nada...

—¡Volveré, María Angela! ¡Volveré por ti!—aseguró Fernando.

María Angela no se acordó de sí misma hasta que el joven hubo desaparecido. Entonces, regresó apresuradamente a su alcoba, aprovechando una distracción de Manuel para entrar. Rosa todavía estaba en la misma posición, en que la había abandonado, y cambió una seña de inteligencia con María Angela, que quitándose el manto y el chal iba a ocupar su puesto, cuando...

Como el choque de una madera contra otra, sonó un disparo de pistola, después otro y otro...

En la hacienda hubo gritos de alarma e indicios de carreras apresuradas. Rosa y su señora se abalanzaron hacia la ventana. Manuel corría hacia el sitio de los disparos, desenfundando su pistola.

—¡Manuel! ¡Manuel! ¿A dónde vas?... ¿Qué sucede?

Manuel volvió sobre sus pasos y contestó:

—No lo sé, María Angela. No te muevas de aquí. En seguidita vuelvo.

María Angela, metiendo la cara entre los barrotes de la reja, apretándolos entre sus manos hasta ponerse blancos los nudillos, creyó distinguir, hacia la parte en donde estaba la abacería, la silueta de un jinete.

En efecto, no se equivocaba. Era Fernando, que había disparado varios tiros de aviso para sus hombres, tras los cuales voceó:

—¡Salid a prisa! ¡Saltad por las ventanas e id en busca de vuestros caballos!

Pero los vaqueros no podían, por la sencilla razón de que estaban custodiados por los dos hombres de Felipe. Fernando, sin tomar puntería aparentemente, apretó dos veces el gatillo y los dos guardianes rodaron por el suelo, gimiendo de dolor. Otro disparo más y uno de los quinqués voló convertido en añicos.

Fernando hizo caracotear su caballo. El tiempo urgía. De todas partes acudían los hombres del rancho. De otro balazo, apagó la única lámpara encendida de la aba-

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

cería y, a merced de la oscuridad, sus hombres se dispersaron para recuperar sus caballos. Pronto estuvieron montados en ellos y huyeron, en tanto que Fernando les cubría la retirada.

Los vaqueros de "Dos Peñas", cuyos faroles balanceaban durante la carrera, entraron en el porche, animados por Felipe. Manuel y don Braulio se habían incorporado a la tropa y enarbolaban sus pistolas. Fernando hirió a los dos vaqueros más adelantados y espoleó su corcel, haciendo un esfuerzo para no ceder al deseo de derribar a Felipe con un proyectil bien dirigido.

Manuel corrió tras él y levantó la pistola, pero la tornó a bajar. Felipe y su abuelo se colocaron a

sus dos costados. Felipe ordenó a los hombres que montaran a caballo, pero don Braulio negó:

—Es demasiado tarde. Ya están muy lejos; sería perder el tiempo.

Furioso Felipe por la derrota de sus planes, se encaró hecho un basilisco con Manuel, que confundaba su pistola:

—¿Por qué no disparaste?... Lo pudiste matar.

—Yo no mato nunca por la espalda, sino frente a frente y cara a cara.

Felipe bufó despreciativo, pero la mano de don Braulio se posó en el hombro de su otro nieto... ¿Acaso felicitándole por su nobleza?

CAPITULO IV

EL BAILE

Ocurrió, por aquellos días, que una familia de las más acaudaladas de la capital invitó, a la aristocracia de la comarca y de la ciudad, a una fiesta, dada con el pretexto de celebrar una nueva promoción de cadetes de la Academia Militar.

Como no podía menos de suceder los Valdivia recibieron la cartulina invitatoria y no faltaron a la fiesta. Uno tras otro fueron besando la mano del obispo, que, sentado en un diván, les bendecía. La señora de la casa y sus hijas iban a hacerse cargo de sus huéspedes, cuando se presentó el gobernador, a quien fué nombrada María Angela.

—¡Quién hubiera nacido treinta años más tarde!—profirió galantemente el gobernador al inclinarse ante ella.

—¡Huy, qué cosas dice Su Excelencia!—chilló la señora de la casa, que se distinguía por su escasa cordura.

Estuvieron conversando unos se-

gundos hasta que la dama dió muestras de desear conducir a sus invitados a las habitaciones que les correspondían.

—Ya verán; nos hemos visto obligados a alojar a las señoras en el primer piso y a los caballeros en la planta baja—llamó a un criado—. Conduzca a don Felipe y a don Manuel a sus habitaciones. Usted, María Angela, vendrá conmigo.

Don Braulio quiso seguir a sus nietos, pero el obispo cambió un ademán con el gobernador y, haciéndole sitio en el diván, mandó con bastante imperio:

—No, usted no se marche, don Braulio. Tenemos mucho que hablar.

Mal de su grado, don Braulio le obedeció. María Angela, entretanto, había cruzado el vestíbulo y llegado al pie de la magnífica escalinata con su huésped y sus dos hijas. La primera se volvió hacia unos nuevos invitados que compa-

recian en aquel momento, y se excusó:

—Perdóname, pero he de atender a esas señoras. Mis hijas te guiarán hasta tu habitación.

María Angela hizo una genuflexión y subió la escalinata escoltada por las dos jóvenes. Por una oscura razón, tenía la esperanza de que Fernando hubiera sido invitado y se esforzaba en distinguirse entre las personas que se saludaban en el vestíbulo.

—¡Cuánta gente hay!—comentó, mirando hacia abajo.

—¿Buscas a alguien, María Angela?

—No, no, a nadie. Era simple curiosidad.

Horas más tarde, descendía por la misma escalinata completamente ataviada para el baile. Estaba hermosísima. La dueña de la casa la esperaba en el vestíbulo y se la arrebató a sus hijas, diciendo:

—Te voy a presentar a mucha gente que desea conocerte.

Las dos señoras se fueron inclinando ante diversas personas. Los jóvenes la perseguían con los ojos, maravillados de su belleza. De esta manera, haciendo leves reverencias y cambiando frases triviales, llegaron a un extremo del salón, en donde un hombre joven, vestido de frac, las abordó muy decidido:

—¡Madame!—exclamó inclinándose ante la dueña de la casa.

María Angela hubiera reconocido aquella voz entre un millón. Ante ella, sonriente, sereno, estaba Fernando Iturriaga. Bajó los ojos la muchacha. La dama contestó al saludo de Fernando que dijo en francés:

—¡Es encantadora! ¿Quiero presentármela?

—La señorita María Angela Valdivia, el señor... el señor... No me acuerdo de su nombre. ¡Ja, ja! Esta cabeza mía es imposible.

Fernando no le respondió. Se inclinó sobre la mano de María Angela, que se había ruborizado intensamente. Fernando, con dominio de perfecto hombre de mundo, se irguió y pareció perder su interés por ella.

—¡Es bellísima, señora!... ¿Es hija suya?

—No. ¿Por qué lo dice?

—Por su parecido... Entonces me he equivocado... ¡Es su hermana!

—¡Adulador!—exclamó la señora en francés encantada con el desconocido.

Felipe y Manuel comparecieron en el salón y lo primero que sus ojos advirtieron fué el grupo formado por las tres personas. Manuel, acometido por los celos, se

paró de pronto y apretó el brazo de su primo.

—¡Mira eso! ¡Qué desfachates!

—Acerquémonos.

Ocultando su ira, hicieron lo que había propuesto Felipe. María Angela palideció al verlos; Fernando les lanzó una mirada tan indiferente que fué un insulto. Pero el Destino quiso, para limar la aspereza que la joven había supuesto, que un par de cadetes rogaran a la señora de la casa que les presentara a María Angela.

—La señorita, los señores de Valdivia y el señor... el señor...

Nuevamente, Fernando se hizo el desentendido. Se calzó los guantes; la orquesta preludiva una polca y él se había prometido bailar con María Angela. Lo demás, no le importaba. Pero Felipe, cuya diplomacia no estaba a la altura de la situación, exclamó airado:

—Ya conocemos al señor... de espaldas.

—Debe usted estar mal de la vista —replicó flemático Fernando—. Porque yo siempre doy la cara en donde sea y como sea.

Felipe y Manuel, mientras los cadetes y la dama retrocedían asombrados, hicieron un gesto violento y avanzaron hacia él. María Angela acudió apresuradamente a salvar el escándalo, poniendo la

mano en el brazo de Fernando.

—He prometido esta polca a este caballero. Perdonenme, pero hace mucho tiempo que no la bailo.

Fernando arqueó desafiador las cejas al pasar por delante de los Valdivia, cuyas pupilas no se despegaron de él, y se confundió con los bailarines. La señora de la casa volvió a demostrar su escasa prudencia, alabando:

—¡Qué hombre más fascinador!... ¿Alguno de ustedes sabe cómo se llama? Soy fatal para los nombres.

—Es Fernando de Iturriaga—contestó secamente Manuel.

Mientras ambos Valdivia la dejaban a solas, sin más explicaciones, la señora estuvo en un tris de desmayarse.

Fernando y María Angela hicieron las figuras preliminares del baile en silencio. Pero cuando, por último, un paso les juntó, Fernando murmuró apasionadamente:

—¡Sonríe!... ¡No puedes sonreír?

—Más me valdría llorar, Fernando. Va a ocurrir una barbaridad.

—No te asustes y sonríeme.

Pero no lo logró y así prosiguió el baile. Fernando miraba de vez en cuando hacia Felipe y Manuel, que le observaban con los brazos cruzados, como verdugos prestos a descargar el castigo sobre su cue-

llo. Sin embargo, la idea no le conmovió. Era demasiado feliz para que la ansiedad se adueñara de su espíritu.

Bailaron unos minutos más. Manuel, cada vez que las manos de Fernando y de María Angela se cruzaban por el azar del baile, se mordía los labios, gesto que merecía la ironía de su primo, quien le dijo:

—Esta vez no se escapa. Es imposible. ¡Mira con qué cinismo se está riendo! María Angela..

—María Angela no sabe que es Iturriaga con quien está bailando —defendió lealmente Manuel.

—Mejor para ella, porque en caso contrario...

Manuel se le encaró con una dureza que borraba toda su anterior dulzura, y Felipe retrocedió un poco alarmado.

María Angela y Fernando formaron pareja y bailaron unos momentos juntos, que aprovechó la joven para decir con un enternecedor acento de súplica:

—Vete, Fernando. Te van a matar. Es la ocasión que han estado esperando. Júrame que te marcharás.

Fernando meneó negativamente la cabeza, con suavidad, pero al mismo tiempo con obstinación.

—No me pidas eso. Te prometo

lo que quieras. De ahora en adelante, huiré, les esquivaré, dejaré que me insulten llamándome cobarde... Te lo juro. Pero hoy no puedo, no puedo, María Angela.

—¡Oh, Fernando!—sollozó la joven, aunque enorgullecida de su valor.

Don Braulio interrumpió la furiosa vigilancia de sus dos nietos, asíéndoles del brazo y diciéndoles:

—Venid conmigo.

Los llevó a un lugar apartado, precisamente a donde había un espejo que en aquel instante reflejaba la imagen de Fernando y de María Angela. Manuel no se fijó de momento en las palabras de su abuelo, en cambio, el sanguinario Felipe atendió con sus cinco sentidos a las explicaciones del anciano, que anunció:

—Nos vamos a marchar inmediatamente.

—¿Cómo, abuelo? Todo está preparado; los hombres a punto. Hoy no se nos puede escapar como el otro día.

—Es a la fuerza, Felipe. El gobernador y el prelado se han apoderado de mí y hasta ahora han estado intentando convencerme de que hiciera las paces con Iturriaga. Estamos vigilados.

—Aun así...—repuso Felipe.

—Sería una locura. Id vosotros

delante y ordenad que nos preparen el coche. Yo recogeré a María Angela.

Manuel no atendió a las órdenes de su abuelo. Quedóse inmóvil observando las evoluciones de la pareja de bailarines. Don Braulio, sorprendido de aquella resistencia tan inusitada en el pacífico joven, le sacudió rudamente por un hombro.

—¿No me has oído?... ¡Márchate!

—María Angela está ahí... bailando con él.

—¿Con quién?—exclamó el abuelo, soltándole y mirando a los bailarines.

—Con Fernando Iturriaga... Pero ella no sabe quién es.

—¡Anda, véte! Yo me encargaré de María Angela.

Manuel, tras una postera mirada, abandonó la sala. Don Braulio se adelantó hasta la pista del baile, sacudido por una pasión de una ferocidad sin límites. La casida de Iturriaga era una afrenta más, casi una cobardía aprovecharse de la ignorancia de María Angela.

Esperó a que el baile hiciera pasar a la pareja al alcance de su voz y, en cuanto esto ocurrió, llamó perentoriamente:

—¿María Angela!

La joven acudió inmediatamente, acompañada de Fernando, que proseguía impasible. Los dos hombres se midieron con los ojos. María Angela, turbada, sin saber qué hacer, se retorció las manos, balbuciendo:

—Mi abuelo, el señor... el señor...

Fernando hizo una reverencia, pero don Braulio simuló no verla y agarró por una muñeca a su nieta, atrayéndola hacia sí, después de lo cual contrastó con gesto de desaffio:

—Este no es lugar para ti... En cuanto a este caballero, ya nos encontraremos en otra ocasión.

De un brusco tirón arrastró a su nieta. Fernando se quedó en el borde de la sala, sin perder un ápice de su aplomo, pero con la rara impresión de que un abismo se había ahondado entre él y María Angela. Después, suspiró...

María Angela, en la hacienda de "Dos Peñas", sollozaba echada de bruces sobre su lecho. Ultimamente, se secó las lágrimas y se arrodilló ante la imagen de la Virgen...

La serenidad que la oración le proporcionó desapareció súbitamente al ser rasgado el silencio nocturno por un agudo silbido. ¡Era Fernando! Había vuelto por ella, a pesar de todas las humillaciones que estaba sufriendo por su amor. Estuvo dudando entre abrir la ventana o hacerse la sorda al reclamo de su pasión. Pero el silbido volvió a brotar de los labios de Fernando, cruzando la oscuridad hasta ella.

María Angela apretó las mandíbulas, hizo rápidamente el signo de la Cruz y abrió su ropero, extrayendo un chal de antiguos encajes, que se echó sobre los hombros. Apagó la luz y lentamente, con infinito cuidado, salió al pasillo, abrió la puerta de la casa y pisó el patio.

El silbido había sido oído por Manuel, que se paseaba en su cuar-

to de la parte alta de la casa, incapaz de asegar. Cuando volvió a repetirse, se percató del sonido y escuchó con intensidad. Volvían a silbar. Dió una chupada a su cigarrillo y lo aplastó con el tacón de su bota. Sacó una pistola del biricú y se la metió en la faja, bajando hacia la planta inferior...

Fernando esperaba junto al roble de costumbre. María Angela se le reunió con una agilidad casi etérea y se entregó a sus brazos. Así que se hubo recobrado de su emoción, le miró con inmenso amor, mezclado con reproche:

—¿Por qué has vuelto? ¿No sabes lo que te espera en la hacienda?

—Lo sé. El señor obispo me lo ha contado todo. Todos sus esfuerzos para borrar la diferencia entre nuestras familias han sido inútiles. Tu abuelo no ha querido oír hablar de reconciliación.

—Entonces, ¿por qué arrostras el peligro para verme?

—¿Tú me lo preguntas?...—protestó Fernando—. Te he venido a

buscar para que vengas conmigo. El señor obispo nos espera en la Soledad; estará en ella durante toda la noche. Nos casará y nos pondremos a salvo.

María Angela le obligó a soltarle y retrocedió unos pasos.

—No, Fernando; eso no es posible. No puedo huir de mi familia como si fuera una malhechora y ocultarme durante el resto de mi vida. Sería indigno de ti y de mí. Es preferible que te marches y te olvides de haberme conocido...

—Jamás, María Angela. Vendrás conmigo de grado o por la fuerza. No consentiré que permanezcas más tiempo aquí.

La levantó en vilo y caminó un poco con ella. Pero hubo algo que le forzó a soltarla. Era Manuel, parado a pocos metros de ellos, observándoles con una mirada en la que se descubría un mundo de odio, de recelo y de amargura.

—¡Manuel! ¿Qué haces aquí?—gritó María Angela.

—¿Quién te podría hacer esa pregunta sería yo... ¡Apártate!

—¡No, no, Manuel!—suplicó María Angela, interponiendo su cuerpo.

—¡Saque usted su pistola!—ordenó Manuel a Fernando.

—No lo haré nunca. Ya se ha

vertido bastante sangre inútilmente—contestó éste.

—Entonces, le mataré como a un perro.

Su pulgar levantó el gatillo de su arma. María Angela cubrió con su cuerpo el de Fernando y, en vista de que sus ruegos no le conmovían, le agarró del brazo, mientras Fernando esperaba la muerte tranquilamente... Y el gatillo no percutió sobre el cartucho; antes bien, Manuel insultó con amargura:

—Debió suponer que usted no lucharía. Es un cobarde, que alardea ante mujeres...

El insulto hirió a Fernando en lo profundo de su ser. Inmediatamente se llevó la mano a la pistola. Manuel gritó de placer, pero Fernando logró contenerse. Avanzó un paso y su mano abofeteó la cara del primo de su amada, cruzándose luego de brazos. Las bofetadas pusieron a Manuel al borde del crimen... pero se dominó.

—Sea como usted quiera. Le mataré a manos desnudas—prometió.

Fernando esquivó su ataque y se desabrochó las pistolas. Al segundo encuentro envió rodando a Manuel por los suelos de un tremendo directo de una sequedad impresionante, pero el primo de María Angela no se arredró. Volvió a

la carga y pudo derribar por dos veces consecutivas a Fernando.

Así prosiguió la lucha, entre los gemidos de la joven y sus ruegos, con bastante ventaja a favor de Fernando, más sereno y fuerte que su adversario. Cuando éste cayó por décima vez, dió un gancho a su contrincante y se arrojó sobre él. Agilmente, Fernando se sentó sobre su pecho y le golpeó con mortífera dureza. Pero Manuel era indestructible: los celos y la rabia se habían adueñado de él...

Se echó sobre Fernando y lo levantó en el aire, precipitándolo contra la tierra, con tan mala suerte para el joven, que su nuca chocó contra una piedra, privándole del sentido. Manuel quiso estrangularle, pero sus manos carecían de fuerza. En vista de ello, tumbóse sobre el cuerpo inerte y sus manos, semejantes a garras, empezaron a escarbar en torno de una piedra, con la cual podía herir a Fernando.

María Angela, espeluznada por lo que se adivinaba en la demencia de su primo, lanzó varios agudos gritos que despertaron a Felipe, pero Manuel no los percibió. Por consiguiente, cuando ya levantaba la piedra sobre Fernando, María Angela recogió la pistola del triunfador y chilló:

—¡Manuel, suéltala o te doy un tiro!

Manuel detuvo su movimiento y, jadeando, lentamente, sus manos se desferraron de la piedra, que chocó contra el suelo con un baque sordo. Primo y prima se miraron de hito en hito. Manuel comprendiendo el amor de María Angela, idea que se abría trabajosamente camino en su cerebro; María Angela, horrorizada de su ademán... Manuel se incorporó y valientemente, desafiándola, la arrebató la pistola, tras lo cual regresó a la casa.

Felipe se había vestido y entrando en un almacén. Rápidamente, deslió varios cartuchos en la recámara de una carabina, corrió el cerrojo y se precipitó escaleras abajo.

María Angela mojó una punta de su chal en el agua y roció con ella el rostro de Fernando, que se puso en pie con dificultad. Por fin, ya señor de sus sentidos, recobró sus pistolas y se las cilló. María Angela le miraba como si fuera un desconocido.

—¡Vamos, María Angela! ¡Ahora o nunca!...

—No, Fernando, no puedo irme contigo. He descubierto un infierno en mí. Cuando estuve a punto de matar a mi primo por salvarte... ¡a mi primo!—se tapó la cara con

las manos y añadió—: ¡Es inútil! Nos separará siempre un abismo... ¡Sigue tu camino, Fernando!

—Piensa lo que dices, María Angela, por nuestro amor. Si ahora te marchas no tornarás a verme.

—Vete, Fernando—repitió la joven cansadamente.

Fernando dudó, mientras María Angela caminaba hacia la casa. De repente, el joven exhaló un grito penetrante y la tomó entre sus brazos, asegurando:

—¡Tú eres mía!... ¡Totalmente mía!... Porque me llevas en tu sangre y contigo vivo y respiro. Tú me amas y nada ni nadie podrá separarnos. Yo sabré esperar, María Angela, hasta que todo esto desaparezca, hasta que tú me llames... El amor no se borra sino con la muerte.

Dicho esto, recogió su sombrero y la oscuridad se lo tragó. Manuel, entretanto, contenía a Felipe, que

había llegado a la puerta empuñando la carabina y que le interpeló con su violencia habitual:

—¿Con quién te has peleado?

—Con nadie. No te interesa. Déjame pasar y no vayas hacia allí.

—¿Me lo impedirás tú?—se burló Felipe.

Manuel le sujetó, en el preciso instante en que María Angela surgía del robledal y pasaba entre ambos. Su hermano creyó adivinar lo que había acontecido y la detuvo antes de que entrara en su habitación.

—¿En dónde has estado?—preguntó amenazador.

—¡Déjala en paz!—avisó ásperamente Manuel.

Felipe se echó a reír y solamente la aparición de don Braulio en la escalera impidió que la tragedia, que el amor y el odio estaban escribiendo, tuviera un capítulo fatal en la hacienda de "Dos Peñas".

CAPITULO V

ESOS ALTOS DE JALISCO

Al día siguiente de estos acontecimientos, Felipe encontró la carretela esperando a alguien en la puerta de la casa solariega. Y preguntó a Macario quién había ordenado que la ataisasen.

—Don Braulio, que se va al pueblo con niña María Angela a presenciar la feria.

—Muy bien.

Felipe sacó un puro del bolsillo y lo encendió. La expedición de don Braulio no debía ser muy pacífica a juzgar por la numerosa escolta que esperaba su presencia. Felipe se encogió de hombros despreciativamente y rodeó el carruaje en dirección de los almacenes.

De esta manera, se encontró con su abuelo, que, destocado y con cara de pocos amigos, esperó su llegada. Felipe se metió las manos en los bolsillos y trasladó el habano de una a otra comisura de la boca.

—¿Se dirige al pueblo, abuelo?

—Lo primero que tiene que hacer uno, cuando habla con una persona de edad, es descubrirse y darle los buenos días.

—Usted perdone, abuelo. ¿Cómo está usted?—saludó humildemente Felipe, amansado por el arranque de genio del anciano, presenciado por sus hombres.

—Bien, gracias, cúbrete... ¿En dónde está Manuel?

—Eso lo sabrá usted que le envió a la ciudad.

—¿Cuál te parece que es la causa de todo esto? — preguntó don Braulio con sorna.

Felipe volvió la cabeza hacia la puerta. María Angela salía de la casa. Don Braulio interpretó bien este gesto. Felipe había adivinado. El motivo era la joven.

—¡Buen viaje, abuelo! — deseó Felipe, alejándose.

María Angela subió al carruaje y lo mismo hizo don Braulio sin dirigirle la palabra. La joven abrió la sombrilla y don Braulio se puso el sombrero, indicando a Macario que podía arrancar... El coche fué seguido durante un buen rato por una turba de chiquillos que despedía a sus señores.



La feria del pueblo estaba en su apogeo. En el local de fiestas se apiñaba una muchedumbre de indígenas y de forasteros, riéndose, arrojándose confetti y serpentinas y coreando las canciones interpretadas por una orquesta. La escena era pintoresca y animada.

Don Braulio se sentó a una mesa, colocada bajo una arcada, desde la que dominaba toda la sala. María Angela apenas atendía a la muchedumbre. Nieta y abuelo no cambiaban más palabras que las imprescindibles. Les estaban sirviendo cuando en la calle se oyó el rasguear de una ronda de guitarras y las voces de una canción.

Poco después, abriéndose paso entre la muchedumbre, Fernando subió las escaleras del local y ocupó una mesa, mientras su numerosa escolta se distribuía estratégicamente alrededor de él y los músicos celebraban su llegada con una canción en honor suyo.

—Gracias, muchachos—dijo Fernando aplaudiendo con los demás.

La llegada de los músicos pare-

ció electrizar a los circunstantes. Don Braulio alargó la botella a uno de sus hombres, situado detrás de él, y este movimiento le permitió percibir a Fernando, de pie todavía hablando con el director de los rondadores. María Angela, que también le había descubierto, echó su asiento hacia atrás y suplicó:

—¡Vámonos, abuelito!

—Eso sería darle demasiada importancia — respondió el abuelo, conteniéndola.

Y María Angela cedió, aparentemente contrariada, pero agradeciendo a la fortuna aquel favor... Fernando también la había columbrado entre la muchedumbre, mas no se delataba. Los bebedores, los que llenaban el local, hombres y mujeres, comenzaron a pedir a coro:

—¡Eso es alto de Jalisco!... ¡Eso es alto de Jalisco!

Ante esta insistencia, el jefe de los rondadores habló con sus músicos, se descubrió y levantó su sombrero, consiguiendo un silencio relativo, logrado el cual anunció:

EL PERON DE LAS ANIMAS

—Señoras y señores, vamos a tocar "Esos altos de Jalisco"...

Agudos alaridos celebraron la decisión. El director trasladóse ante la mesa de Fernando y demandó nuevamente silencio con el ademán. Fernando frunció el entrecejo, pero, a poco, sonrió.

—Sí, señores, vamos a tocar "Esos altos de Jalisco", y, como es costumbre en la feria que alguno de los asistentes cante con nosotros, yo propongo a don Fernando Iturriaga.

Una salva de aplausos recibió la

proposición. Fernando se levantó, escoltado por varios de sus jinetes. Los de don Braulio hicieron un gesto amenazador, sofocado al momento por el anciano. Los ojos de María Angela sonrieron.

Fernando bajó a la pista, cogido del brazo del director, y habló un momento con los músicos. Después fué hasta el centro de la pista, haciendo una seña a las tres jóvenes cantantes del local.

—¡Ahora, muchachos! — gritó Fernando repentinamente. Y fué obedecido.

*Esos altos de Jalisco,
¡qué bonitos!...
Es rechula esta tierra
donde yo niero nací,
donde rengo yo una novia,
que en la pila del bautismo,
al echarle agua bendita,
la guardaron para mí.
Soy el peño de los buenos
por derecho,
y cuando hablo de mi tietra
se me ensancha el corazón
de un orgullo que me llena,
que no me cabe en el pecho,
y por esto satisiecho
yo le canto a mi región.*

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

¡Ay, los altos de Jalisco,
es mi tierra,
tierra linda, puriquito corazón!
¡Tierra linda, tierra de hombres,
toda mi alma, tierra mía,
yo te doy en mi canción!

Las mujeres de mi tierra,
¡qué mujeres!
¡Si por algo Dios dispuso
que naciera por aquí,
y les dió como permiso
ser bonitas como flores
pa que de ellas escogiera
la más linda para mí!
A buscarla yo he venido,
porque es mía,
a entregarle toda mi alma
y a llorar por su perdón,
a saber si ella me quiere
como me juró aquel día,
y a decirle que es mi reina
que jamás podré olvidar.

¡Ay, los altos de Jalisco,
es mi tierra,
tierra linda, puriquito corazón!
¡Tierra linda, tierra de hombres,
toda mi alma, tierra mía,
yo te doy en mi canción!

Fernando cantó como jamás lo hiciera. Miraba en dirección de María Angela, por si la letra no fuera bastante alusiva a sus propósitos. Don Braulio y sus hombres tascaban el freno que les imponía la complacencia con que los demás espectadores escuchaban y que se resolvió en una fantástica mezcla de gritos, vítores, aplausos y alaridos.

Fernando saludó varias veces, pero en lugar de regresar junto a sus hombres, pidió la guitarra a uno de los músicos, cogió una silla y templó el instrumento con los ojos clavados en María Angela. Don Braulio sorprendió a su nieta mirando hacia Fernando y se puso bruscamente en pie.

Apretando el rebenque fuertemente, sorteó las mesas y las sillas. Fernando comprendió los motivos que le animaban y por si no lo hubiera entendido del todo, los hombres de don Braulio escoltaron a su amo. A medida que el anciano dejaba atrás las mesas, los ocupantes, conocedores de la enemistad entre ambas familias, se incorporaban expectantes, apoyando inconscientemente sus diestras en las culatas de sus revólveres.

Los vaqueros de Fernando imitaron a los de don Braulio, el cual pisó la pista y se dirigió hacia su

enemigo sin el menor reparo, mientras su nieta se ponía en pie temblando como una hoja.

En cuanto don Braulio estuvo a escasa distancia del joven, se paró y le asestó una cruel mirada. Fernando siguió rasgucando la guitarra con envidiable sangre fría, ignorando su presencia. Sus ojos no se desprendían de María Angela, que murmuró una oración.

Inesperadamente, el rebenque de don Braulio se abatió sobre la guitarra arrancándola de las manos de Fernando y arrojándola en el suelo, en donde resonó durante un momento. Un grito de mujer y, luego, silencio... Las palabras de don Braulio restallaron.

—¡Le prohíbo que cuando cante mire hacia nuestra mesa!

Fernando no se conmovió. De la misma forma que no quería agredir a un anciano por una afrenta y menos si éste era el abuelo de María Angela, no intentaba demostrar el menor miedo ni ceder ante las amenazas. Por consiguiente, continuó mirando con suma tristeza, pero asimismo con amor, hacia la flvida joven.

Esa resistencia, que era desafío, hizo montar más aún en cólera a don Braulio, entorpeciendo la comprensión de los verdaderos motivos que asistían a su enemigo a

fin de que conservase su impasibilidad.

—¿Me ha oído?... Las miradas de hombres como usted insultan a las personas honradas. ¿Acaso no tiene sangre en las venas o está tan embotado en su vergüenza que no se percata de que le habla un hombre?... Pórtese como tal. Es usted un cobarde.

Las manos de Fernando se crisparon. Las mujeres gritaron... Pero no ocurrió nada, pues supo sobreponerse a su indignación. Sus vaqueros y los restantes hombres empezaron a murmurar extrañados. Las declaraciones y los insultos de don Braulio adquirían un matiz de verdad.

Pero la abulia de su contrincante, en lugar de satisfacer al anciano, le irritaba tanto como el empeño de Fernando de no desviar sus ojos de María Angela.

—¡Un cobarde!... ¡Es lo único que faltaba en su familia!—gritó don Braulio.

Y con ciega violencia alzó el rebenque y cruzó dos veces el rostro de Fernando, marcando en él dos rastros sanguinolentos. El joven perdió el mundo de vista y echó la mano al biricú... Inmediatamente, continuó al ademán, un poco tarde, porque don Braulio le apuntaba con su pistola, lo que hizo creer a

los espectadores de la disputa que el anciano se le había adelantado.

—¿Qué le sucede?... Se le emboló la pistola, ¿verdad?... Pero no se atreve a sacarla.

Dicho esto, retrocedió sin dejar de observarle. Después, enfundó su arma y le dio la espalda, avisando a todo el mundo:

—Sepan todos que, de ahora en adelante, el pleito entre los Valdivia y los Iturriaga ha terminado. Los Valdivia no peleamos con cobardes.

Con gran majestad, regodeándose en su fácil triunfo, don Braulio regresó a su mesa, en que María Angela sollozaba con el rostro oculto por las manos. La muchedumbre protestó de la cobardía de Fernando con un mugido general y algunos silbidos.

Los hombres de don Braulio avanzaron sacando las pistolas y los de Fernando salieron a su encuentro haciendo lo mismo. Fernando se interpuso entre ambos bandos y ordenó a sus partidarios:

—¡Quietos!... ¡Seguidme!

Dispuesto a marcharse antes de que no lograra dominarles, anduvo, roncando con el codo a Macario, que burlescamente le contemplaba. El caporal de "Dos Peñas", corvalentado por la contigencia de Fernan-

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

do, le cerró el paso, preguntándole con sorna:

—¿Necesita más gente para que le escolten?

Con el movimiento inesperado de un gato montés, Fernando le asió de la taleguilla y su puño chocó contra la mandíbula del caporal, que rodó por el suelo, aturdido y tocándose la barbilla. Uno de sus hombres acudió en su defensa, entresacando la pistola. Pero Fernando no le permitió hacerlo y, de otro directo, le envió a hacer compañía a Macario.

Hubo un grito de asombro, producido por la inesperada reacción de Fernando. María Angela y su abuelo se levantaron... Gritos, protestas, avisan... Después, un alarido de horror. Uno de los jinetes de don Braulio desenvainó un largo cuchillo y se arrojó sobre Fernando desde lo alto de los escalones...

El joven, con un hábil giro, hurtó su cuerpo de la mortífera hoja y, a renglón seguido, retorció la muñeca de su agresor apretándola hasta que su propietario soltó el cuchillo con un gemido de dolor, y fué enviado también al suelo.

Macario ya se había recuperado y empujó su revólver, lo mismo que el segundo contrincante. Mas Fer-

nando, que estaba pendiente, aunque no lo pareciera, de sus más mínimos ademanes, requirió el suyo y apretó dos veces el gatillo. Su inverosímil puntería hizo efecto. Los proyectiles chocaron uno contra el alma de Macario y el otro atravesó la muñeca del segundo jinete, que exhaló un prolongado lamento.

—Sóstenos, tú y otro coged esas pistolas y... ¡entregádselas a don Braulio con todo el respeto que me merecen sus canas! ¡Vamos!

Acompañado de sus satisfechos hombres, mientras Sóstenes y un jinete le obedecían, salió del local, cuyos concurrentes estaban ya arrepentidos de sus malos pensamientos. Don Braulio, viendo que sólo su edad había evitado una pelea de hombre a hombre, quiso remediar aquella caridad, que se le figuraba injuria, y movió su mano hacia el biricó. Sus hombres y su nieta lo sujetaron y le obligaron a sentarse...

María Angela permaneció un momento más en pie siguiendo sus ojos el camino tomado por Fernando al irse. Había adivinado muchas cosas en corto espacio de tiempo, muchas cosas que debían ser remediables...

Una vez María Angela estuvo en su alcoba, apresuróse a poner en práctica la idea que la iluminara en el pueblo. Cambió de traje y se cubrió con una amplia capa, provista de una capotita. Escribió una carta y un sobre a nombre de Manuel y lo colocó en sitio bien visible.

A continuación, buscó el retrato de sus padres y el volumen de su diario, hizo la señal de la cruz y cerró la puerta de su alcoba, confundiendo con las sombras de la noche...

Caminó durante largo rato hasta llegar a la ermita abandonada. Descendió del cerro y corrió por la explanada, furtiva como un ave nocturna. De súbito, un hombre se irguió junto a uno de los robles y anduvo hacia ella llevando dos caballos de la brida.

—Fernando, ¿eres tú?—se asombró María Angela de que estuviese en aquel paraje.

—Yo soy, puesto que estoy aquí—dijo Fernando, riéndose y abrazándola.

—Tienes razón... ¡Qué tonta soy!
—Tú eres mi vida.

Hubo una pausa más elocuente que todas las frases, tras la cual Fernando exclamó:

—¿No te arrepentirás de lo que vamos a hacer?

—¿Cómo quieres que lo haga?... Bastante has sufrido por mi causa. ¡Cuando te azotó, supe cuánto me amabas! No quiero que te insulten más... Estoy decidida. Mira, únicamente me he llevado el retrato de mis padres y mi diario...

—¡Es lo único que no debías haberte llevado! — declaró una voz desde lo alto de un cerro.

Era don Braulio. Fernando sacó sus armas y María Angela se le abrazó despavorida. No obstante, aguardaron con firmeza a que el anciano se les acercara, lo que hizo sin miedo después de ordenar:

—¡Salid!... Es inútil que se resista, Iturriaga. Ha perdido la partida.

A la voz de mando, de los cerros de los alrededores se destacó una

masa de hombres con los fusiles encasados, los cuales bajaron al mismo tiempo que don Braulio. Fernando amartilló sus pistolas, pero María Angela le rogó:

—¡No disparés!... ¡Te matarán!

—Esa es una recomendación sensata, Iturriaga. Es lo único sensato que he oído desde hace días—aseveró don Braulio, ya a su lado.

—No estoy muy seguro de eso—objetó Fernando.

—Entrégueme una arma.

Fernando sonrió y sacudió la cabeza. María Angela, amedrentada por el acento de su abuelo, le pasó el brazo por el cuello y repitió con dulzura:

—Hazle caso, Fernando.

Este vaciló. Tornó a sonreír, se abrió de brazos, volteó rápidamente las armas y se las entregó a don Braulio por la culata, haciéndole una irónica reverencia. El anciano se las pasó a uno de sus hombres.

—Ahora, María Angela, volverás a casa.

—¿Qué vais a hacer con él?

—Vete. Más tarde lo sabrás—afirmó don Braulio.

—No, no... ¡No quiero irme! ¿Qué vais a hacer con él? ¿Lo vais a matar?—gimió la joven.

—¡Te digo que te marches!—gritó el anciano, agarrándola de una mano y arrastrándola.

Pero como su nieta estaba cogida al brazo de Fernando, no logró su propósito. La sangre se le subió a la cabeza e iba a cometer una barbaridad, cuando Fernando le obligó a soltarla y dijo suavemente:

—María Angela, no temas por mí.

No repuso nada la joven y le abrazó, partiendo después guardada por tres hombres. Así que hubo traspuesto una diminuta cañada, don Braulio se encaró con Fernando y anunció:

—Ahora le toca a usted. Llévadle a la troje de Santa María y tenedle allí hasta nuevo aviso. Ya decidiré lo que tenemos que hacer con él.

Estas amenazadoras palabras no intranquiliaron a Fernando, el cual, metiéndose las manos en los bolsillos, precedió a sus apresadores, conminándoles con sardónica expresión:

—¡Vamos, muchachos! ¡A ver si os dáis prisa!

Don Braulio, en cierto modo admirado del valor de Fernando, montó en su caballo y lo espoléó. Entretanto, María Angela había entrado en el patio de la hacienda y fué dejada en libertad. Dudaba entre penetrar en su alcoba o esperar en el patio a su abuelo, que tenía

EL PERON DE LAS ANIMAS

su destino en su poder, pero Felipe, brotando del edificio, cortó sus cavilaciones, inquiriendo ásperamente:

—¿Qué haces aquí a estas horas?

La providencial llegada de don Braulio evitó a María Angela las posibles complicaciones de una contestación desafortunada. El anciano echó las riendas sobre el cuello del caballo y lo soltó.

—Abuelo, ¿qué sucede con mi hermana?

—Eso no es de tu incumbencia. ¡Acuéstate!... Tú, María Angela, acompáñame. Tengo que hablar contigo antes de determinar lo que hemos de hacer.

Felipe, despechado, giró sobre sus talones y se les adelantó, ignorando de esta suerte la tragedia inminente que se cernía sobre los Valdivia.

CAPITULO VI

EL PEÑON DE LAS ANIMAS

María Angela estaba sentada en el alféizar de la ventana, con las manos pendiendo inmóviles sobre la falda. Llamaron en la puerta de la alcoba y no se tomó la molestia de contestar. Resonaron una vez más los golpes y ordenó, impacientada por ellos:

—¡Adelante!

Entró la modista y con ella una auxiliar, las cuales fruncieron la boca contrariadas ante la apostura de la joven. Afectadamente, caminaron hacia María Angela, en tanto que la modista proponía:

—¿Hacemos la prueba, señorita Valdivia?

—¿No es posible dejarla para otro día?—preguntó con desgana.

—¡Imposible, por completo!—protestó la modista—. Sólo faltan dos días para la boda y todavía no hemos conseguido que usted se probara una vez el vestido.

—Eso poco importa. Me lo pondré tal como esté.

—Perdone, señorita... Que a usted no le preocupe, pase. ¡Pero repare en que el nombre de nuestra casa depende de un nada!... Hay detalles condenatorios, que cualquiera debe evitar y más nosotras que sentimos un gran interés en esta boda...

Rosa y Manuel estaban en la abacería. No es que hablaran, ciertamente, lo que acontecía era que los ojos de Rosa expresaban una contrariedad enorme cada vez que descubrían en la cara de Manuel indicios de que su melancolía se acrecentaba.

Probó hacerle beber, pero el joven rechazó el vaso con un gesto de mal humor, lo suficientemente elocuente para que Rosa no lo insistiera a saborear el licor. No obstante, echándose de brucea sobre el mostrador, carraspeó un segundo antes de preguntar:

—No estás muy alegre faltando

tan poco para tu boda... ¿Todavía la quieres?

—¿A ti qué te importa?—enasculló Manuel.

—Puede ser que sí... Pero ¿te quiere ella?

—¿Cállate de una vez!

Rosa se asustó, pero no duró mucho su espanto. Se complacía en atormentar al ya atormentado Manuel, que estaba sumido en un mar de cavilaciones nada halagüeñas. Por consiguiente, pasado un rato, tornó a la carga:

—Escúchame, Manuel... Ella no te ama, es decir, no te quiere como un hombre a una mujer...

—¿Tú qué sabes?... Desde el momento que se casa conmigo...

—Eso no supone que te quiera. Muchas gentes contraen matrimonio sin amor...

Tan insinuante fué el acento de Rosa, que Manuel se le enfrentó como si le hubiera picado una avispa. Tendió sus manos sobre el mostrador y atezó las de la muchacha con fuerza creciente, a medida que preguntaba:

—¿Te ha dicho algo?... ¿Por qué hablas así?... Ahora callas, luego estoy en lo cierto... Habla; no me quiere, ¿verdad?

—Yo no te lo puedo contestar. Lee esta carta—dijo sacando un sobre arrugado del seno.

—¿De dónde la has conseguido?

—De su alcoba, el día en que apresaron a don Fernando. Léela sin reparos. Tenla. Yo casi me la sé de memoria...

Como Manuel titubeara con el papel en las manos, Rosa se irguió y dejó caer las palabras de la carta como gotas de aceite hirviendo sobre el corazón del joven:

—"Manuel de mi alma. Ahora voy a hacer algo que nos separará para siempre... No quiero que me odies... Yo te quiero..." Pero ¿por qué no la lees?

Manuel estrujó el sobre con su diestra, se caló el sombrero hasta las sienes y huyó de la abacería como si evitara la voz de su conciencia. Poco después llamaba en la puerta de la habitación de María Angela.

Esta estaba completamente vestida con su traje de boda, que las modistas rectificaban en algunos detalles. Concedido el permiso para pasar, Manuel se adelantó tímidamente, casi parpadeando deslumbrado por la belleza de su prima. Se quedó absorto antes de suplicar:

—María Angela, ¿podría hablar contigo un momento... a solas?

—Sí, Manuel. Señora, haga el favor de salir.

Las modistas la obedecieron mirando con repulión al polvoriento

traje de Manuel y a sus desgastados zahones. La timidez de Manuel iba en aumento. Sus dedos hacían girar el sombrero y experimentó alguna dificultad en avanzar.

—¡Estás muy hermosa, María Angela!

—¿De verdad te quieres casar conmigo? Yo no te merezco.

Ambos jóvenes estaban cerca. María Angela bajó los párpados, mientras Manuel estudiaba la expresión de su semblante. La lealtad de ambos exigía una aclaración inmediata, por dolorosa que fuera. María Angela se decidió.

—Lo he jurado... pero yo no te quiero.

—¿Es decir, que si no lo hubiera jurado al abuelo, no te casarías conmigo?

—No, Manuel. Yo deseaba retirarme a un convento...

—Porque quieras a otro y... no te dejan amarle—completó Manuel.

María Angela se sorprendió de la seguridad de su primo. Manuel sacó un pico de la carta del interior de su cazadora y se lo mostró.

—Ante todo, tu felicidad, María Angela. Yo te ayudaré.

—Pero, ¿tú?

—¿Yo?... Me basta con saberte feliz y... lo serás.

María Angela se encaró con él y apasionadamente le besó, acep-

tando su sacrificio. Manuel, emocionado por aquel beso, sobre cuyo origen no tenía ninguna duda, esperó a recobrarse antes de ordenar:

—No te muevas de la hacienda. Pronto tendrás noticias mías...

Pero pasaron varias horas antes de que cumpliera su palabra. Cuando apareció, iba polvoriento y tenía la apostura del que ha realizado un esfuerzo muy grande, tanto espiritual como físico. Condujo a María Angela hacia las afueras de la hacienda, en donde esperaba el caballo.

—Permíteme que te ponga en la silla.

La levantó y la acomodó en la grupa, arreglando los estribos para que la cabalgata fuera más cómoda. El blanco vestido nupcial de la joven reflejaba la luz de la luna. Manuel cerró los ojos un segundo y después explicó:

—Sigue este camino sin detenerte y a prisa. A mitad del camino del Puente de las Animas, encontrarás a Fernando Iturriaga. No os detengáis en toda la noche y salid de la provincia. En cuanto hayáis cruzado sus límites, os podéis considerar a salvo. Dirigíos, entonces, a la capital... Yo me quedaré en la hacienda para cubrirlos la retirada, si es preciso.

—¡Qué bueno eres, Manuel!— dijo María Angela.

Le besó por tercera vez desde su regreso y el joven azotó la grupa del caballo. La blanca cinta del camino se confundió con el albo traje de María Angela, en pos de la cual lanzó un grito:

—¡Buena suerte!

Mientras María Angela galopaba por los cerros, que ascendían progresivamente hacia el Peñón de las Animas, Macario penetró en el patio de la hacienda convertido en un huracán y se metió en el despacho de la administración, en donde estaban don Braulio y Felipe, a quienes narró jadeando:

—¡Don Fernando Iturriaga ha huido!...

—¿Cómo no lo has impedido?— profirió Felipe.

—Ya verán. Don Manuel llegó esta tarde y nos mandó que le dejáramos en libertad, además de que le prestáramos un caballo. Está en este instante galopando hacia su hacienda...

—No debiste dejarle...—gritó Felipe.

—Pero ¿qué podía hacer, sino obedecer a don Manuel, patrón?

—Igual es. El caso es que el daño ya está hecho—intervino don Braulio—. Avisa a los hombres que

monten a caballo y que lleven todas sus armas.

El tropel de persecución espoleó sus caballos, cuyos cascos arrancaron chispas de las piedras. Como una cabalgata fantasmagórica, rozó a Manuel, desembocando por la puerta principal al campo, en dirección de los cerros.

Manuel optó por no dar señales de vida. Un jinete resagado estaba aprestando a su caballo y Manuel le abordó sin contemplaciones. No hacía falta ser adivino para saber qué movía a don Braulio y a Felipe a galopar por la noche.

—Pancho, préstame tu caballo. Vete al almacén y coge dos bidones de gasolina... Nos reuniremos al otro lado del Puente de las Animas. ¡Aviva!

—Perfectamente, señor. Pero Macario me ha dicho...

—Obedece sin replicar. ¡Hasta luego!

Pancho se rascó la coronilla perplejo y corrió hacia el almacén. Manuel picó de espuelas y ascendió los cerros, siguiendo un atajo hacia el puente, de manera que ganaba tiempo sobre todos.

María Angela, para vencer las dificultades del abrupto terreno, tuvo que amainar la velocidad de su carrera. Al cabo de un tiempo, se le antojó que era perseguida y

miró hacia atrás. En la lejananza se agitaban unos oscuros puntitos, moviéndose acompasadamente. Eran los jinetes de "Dos Peñas".

Azóto al caballo de Manuel repetidas veces y el trote largo se convirtió en galope. La silueta de la joven se destacaba en la cima de los cerros, iluminada por una clara luna. Prosiguió galopando por la cadena de alturas hasta que Fernando salió de un bosquecillo, pausado al camino.

Apenas hablaron, pues María Angela señaló hacia atrás. Comprendió Fernando a qué aludía y dió varios latigazos al corcel de su amada. En cuanto María Angela le llevó alguna ventaja, montó y espoleó a su caballo. Ya estaban contiguos al Peñón de las Animas, que quedaba a su derecha semejante al asta de una bandera. Así que llegaran al puente, estarían a salvo...

Don Braulio supuso que tal era su intención y, después de bajar una loma frente a la cual galopaban los caballos de los fugitivos, levantó la mano y frenó su caballo.

—Felipe, tú y la mitad de los hombres, atajad por el Paso del Indio. Nos concentraremos en el Puente de las Animas.

El grupo se dividió en dos. Don Braulio voló con el suyo, subiendo

la fatigosa cuesta, cuyo otro lado se resolvía en una estrecha senda, que moría en el puente.

María Angela y Fernando llegaron a este lugar con escasos metros de superioridad con respecto a sus persegutores. Las tablas del frágil puente chirriaron bajo las herraduras. En el otro extremo, estaban Manuel y Pancho, que arrojaron sobre las maderas los bidones de gasolina y luego aplicaron una cerilla al líquido, escabulléndose detrás de unos matorrales.

Una barrera de llamas se interpuso entre don Braulio y su nieta. Sus vaqueros se alinearon a su lado y detrás de él. Las siluetas de María Angela y de Fernando se agitaban más allá de las llamas. Felipe rechinó los dientes con rabia y comentó furioso:

—Nos han ganado. Jamás los alcanzaremos.

—No, no han vencido— respondió don Braulio—. ¡Macario, dame tu carabina!

—¿Qué va a hacer, patrón? No logrará herir a don Fernando.

—Ya lo sé. Pero no me importa. No se llevará a mi nieta; por lo menos, no se la llevará viva.

En medio de un silencio religioso, turbado por el crepitar del incendio, que iluminaba la barba y las facciones de don Braulio, éste

EL PEÑÓN DE LAS ANIMAS

apoyó el fusil en el hombro y el cañón siguió el balanceo del galope de los fugitivos.

Apretó el gatillo... Rugió el estampido.

María Angela vaciló un momento sobre el caballo. ¡Y se desplomó contra la roca del suelo!

Fernando, refrenando a su caballo, y Manuel, saliendo de su escondrijo, llegaron casi simultáneamente a la herida. Esta sonrió débilmente cuando intentaron incorporarla.

—¡María Angela!—sollozó Fernando.

Manuel buscó la herida y retiró los dedos llenos de sangre. Inconscientemente, se echó el sombrero hacia atrás, inclinándose sobre María Angela. Esta jadeaba con dificultad y le dijo:

—No lloréis... Fernando... Manuel...

Sus ojos, invadidos ya por las nieblas de la muerte, les contemplaron por última vez. Finalmente, como la corola de una flor tronchada, su cabeza cayó sobre el hombro de Manuel.

Los dos hombres, que la amaron y a los que amó, cambiaron una mirada. Fernando apretó su rostro al de la muerta, mientras Manuel, como un sonámbulo, alzaba el suyo hacia el Peñón de las Animas, índice acusador, que señalaba al cielo indicando a los hombres en donde se halla el amor y el olvido del odio.

En la otra parte del puente, los vaqueros, don Braulio y Felipe se descubrieron...

FIN

NUEVA COLECCION DE GRAN EXITO

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. El signo del Zorro, por Tyro-ne Power.
2. El libro de la selva, por Sabú
3. ¡Qué verde era mi valle! por Walter Pidgeon.
4. El hijo de Montecristo, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. El capitán Cautela, por Vic-tor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. Estudiantes en Oxford, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. Cumbres borrascosas, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. La jungla en armas, por Gary Cooper y David Niven.
9. El ladrón de Bagdad, por Sabú
10. Marineros a la fuerza, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. Esmeralda, la zingara, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. Tarzán y la Diosa, por Her-man Brix.
13. La quimera del oro, por Char-lot.
14. Hace un millón de años, por V. Mature, Carole Landis Lon Chaney, Jr.
15. El alegre bandolero, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Car-rillo.
16. Texas, por William Holden, Claire Trevor.
17. El hijo de la furia, por Tyro-ne Power, Gene Tierney, etc.
18. La tía de Carlos, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.
19. Sendas siniestras, por Ran-dolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.
20. ¡Qué par de locos!, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
21. Guadalcanal, por Preston Foster y Lloyd Nolan.
22. Jack, el destripador, por Mer-le Oberon, George Sanders y Laird Cregar.

¡Inmejorable presentación!

¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO: 1 PTA.

Títulos varios en existencia

SEKIE "TRIUNFO"

PRECIO: 75¢ PTAS.

Barbar de Nueva York, por Judith Cooper y Martin Bellman.
Amor racional, por Lillian Harvey y Louis Jouvet.
El castillo y la dama, por Ecolia Murnan.
Redención, por Warren Baxter y Wallace Grey.
Cuando me siento feliz, *Wanda de teatro* y *Cuando se despierta* (Serie Trial).
El secreto de Chán, *Charlie Chán en la plaza*, *Charlie Chán en la Opera* (Serie Trial).
Misty Wong en el Barrio Chino, por Boris Karloff.
Jack el destripador, por Laird Craig, Marie Guyon y George Sanders.
Unión Pandilla, por Joel Maz Orin, Barbara Stanwyck y Robert Preston.
Pulsión montada del Casado, por Gary Cooper y Madeline Carroll.
Amor y pestidoma, por Tyrone Power, Loretta Young y Don Ameche.
Teléfono de vidrio, por Tyrone Power y Lilla Brannil.
¡Por fin se despierta! por Sonja Henie, Jack Oxley, César Romero y Curly Landis.
Frank el chico hermoso, por Anne Baxter, etc.
Se baila a ti mismo, por Tyrone Power y Jean Fontaine.

PRECIO: 75¢ PTAS.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El prisionero, por Felicia y Lucien Barrow.
Carnet de baile, por Marie Sol, Harry Bow y Haimu.
Donde intrusa, por George Sanders y M. MacQueta.
Caravana de seda, por Jean Withers.
La ruta via de, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Susana destituida, Edwige Fenech.
En nombre de las parisienses, por Margaret Lockwood, Barry Harrow.
Agradable intrusa, por Judy Canova.
En que Namon amó, por Annabella y Henry Fonda.
Una extra en millo, por Sonja Henie y Don Ameche.
Comedia de gloria, por Libertad Lamarque.
El castillo del amor, por Gina Cervi y Louis Feryde.
La ley sagrada, por Michaelina Preater y Marcelle Chantal.
Puerta al amor, por Olive Brannch y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
Por otro amor, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Alicia Vally y Fanny Clanchet.
Melancía arcaica, por Olan Corti y Conchita Montenegro.
Hiciera la una noche, por Sathia Olman y Santiago Arrieta.
Luz, por Marie Oberon.
Chanson, por Tyrone Power y Alice Faye.
Requiere la lluvia, por Emma Gramatica y Las Pua.
El Joven Soliman, por Miklos Bencur.
Agua, por Charles Boyer y Nady Lamer.
El verdugo perdido, por Spencer Tracy.

Mi marido está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Solo se vive una vez, por Henri Woods y Sylvia Sydney.
El hijo sagrado, por Carol Lombard y James Stewart.
El orgullo de los jengibre, por Gary Cooper.
El castillo de las nieves, por Maria Karloff.
Bela Lugosi y Peter Larré.
Bala de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Amorosa del Ruinas, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Elle y el coronado, por Rosalind Russell, Paul Hae Morgan.
Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joe MacFarr.
El rey de los mares, por Francis Tann.
Epopeya, doctor y enfermera, por Loretta Young, Warner Baxter y Virginia Bruce.
Sueño, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
El signo del castro, por Tyrone Power.
Tú estás en mi vida, por R. Helms y Josh Pagan.
Siempre Eva, por Leslie Howard.
El cielo de Angelita, por Angelita.
El hijo de Montecarlo, por Louis Hayward.
¡Qué tarde era el valle!, por Walter Pidgeon.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
La jugada en arena, por Gary Cooper.
Cumbres Borrascosas, por M. O'Brien y Laurence Olivier.
El capitán Castile, por Victor Mature.
Esmeralda suya, por David Hixon y Loretta Young.
Esmeralda la Zingara, por Charles Laughton.
El señor Anderson, por Hino Martin, I. Leptine.
Tarzan y la diosa, por Herman Bing.
Hare un millón de años, por Victor Mature y Carole Landis.
El hijo de la furia, por Tyrone Power, Gene Tierney y George Sanders.
La tía de Carlos, por Jack Henny.
Donde solistas, por Randolph Scott, Roy Francis, Texas, por W. Houdin, Graham Feyer.
Un hombre increíble, por Mickey Douglas, Jane Bondell.
Sombra de Nueva York, por Louis Hayward.
El hombre que vendió su alma, por Sidney Simon y Emma Leary.
Condoleancia, por Preston Foster.
Ha visto aquella mujer, por Melvyn Douglas.
Lo que piensan las mujeres, por Marie O'Brien, Melvyn Douglas.
Se ha perdido una millonaria, por Wendie Barry y V. Arnes.
La mujer fantasma, por Joan Bondell y Roland Young.

SEKIE "PRODUCCION ESPAÑOLA"

La Armonía de los Sulpicio, por Imperio Argentina.
La hija de Juan Neco, por Angelita Pilo.
Matías y Carmen Amara.
La Peluca, por Conchita Piquer.
Santa Juana, por Rafael Riquelme, Juan de Landa y Mimi Mena.
El 12.000, por Julia Heredia y Rafael Durán.
Palada y Sorda, por Lina Yagou.
Escudrilla, por Alfredo Mayo.
En Jarama y A., por Azucena Villa y Enrique Colarte.

Tanás, por Imperio Argentina.
 Saravali, por Alfredo Mayo.
 Píntura, por Joetta Harán y Rafael Durán.
 La escuela de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.
 Una pareja de mujer, por Lina Yaguez y D. Fernández de Córdoba.
 Los minutos de Polichinelo, por Marta Santanilla, Manuel Luna y Luis Peña.
 Terribles, por Estrellita Castro.
 En el momento al Recordem, por María José Blum, Luis Vazquez y Michel.
 Legión de héroes, por Emilio Basdeval, Matilde Machar y Emma Alán.
 Porque te vi besar, por Pastora Peña y Luis Peña.
 Floja y Mariana, por Blanca de Siles y Pastora Peña.
 47 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guzmán.
 Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guzmán.
 No se perdía un instante, por Deborah Furi.
 La vida está loca, por Joetta Harán y Manuel María.

Mi vida en tus manos, por Isabel de Pando y Julia Peña.
 Delirios de un loco, por Amparito Rivellón y Alfredo Mayo.
 Un sabalero taxano, por Amparito Rivellón y Alfredo Mayo.
 Cómplices, por Luchy Soto y Carlos Mufson.
 El hombre de los mudos, por Fanny de An Gade.
 Arrabata toreros, por Alfredo Mayo y Sylvia Morgan.
 El cuerpo del amor, por Alicia Harnay y Jarzón Quisocosa.
 Con los ojos del alma, por Marilén Vilquez.
 D. Fernando de Córdoba y Manuel Luna.
 Ella, él y una muñeca, por Joetta Harán y Rafael Durán.
 Maravilla, por Joetta Harán y Niquel Tigre.
 El fantasma y Dona Juana, por Antonio Casti y Mary Delgado.
 Angelín de sí, por Joetta Harán y F. Fernández de Córdoba.

TITULOS EN EXISTENCIA:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.
 Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.
 Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.
 Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito Jazz-Hot, Argentinas, Melodías, Cubanas. «Yo la», «La Canción del Palaco».
 Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 23 fotos exclusivas.
 Cancionero Romances, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.
 Cancionero «Pena y Alegría», la creación máxima de Juana Vaiderrán.
 Cancionero de los Triunfos Regionales. Los éxitos del día.
 Cancionero Jovial, (Repertorio Alegre-Loco).
 Cancionero «Guadalupe María», sus triunfos en su música.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Rubatto Fant. Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un gigante (la vida de los actores en los estudios; alegrías y simpatías de los extras; los secretos del cine). 3'00 pta.

Résumé de humor, por Fidelio Trimecién, 3'00 pta. (Lectura hilarante. Optimo-leto. Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 pta. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Buttefly, comedia de Bertie Coetzee y Francisco María Blasquez.

Precio: 2'50 pta.

ORTEGA, MANUEL y ARBUZA, por Juan José Nuñez (fotografías). — gran.

Gran éxito actual:

Cancionero EXITOS DEL DIA

200 canciones de moda

Numerosas fotografías

Precio: 2'50 pta.

EXITOS CUMBRE

**Eran cinco hermanos
Se fiel a ti mismo**

2'50 ptas.

En prensa:

CANCIONERO

Lo que se canta hoy -

250 canciones

35 fotografías

Los mejores intérpretes

Precio 3 ptas.

**publica
siempre
las
mejores
novelas
cinema-
tográficas**





Cubierta. Imp. M. PELLICER

Manizales, 111-Teléfono 76132